MANUEL BERNÁRDEZ

EL

Tratado de la Asunción

SEGUNDO MILLAR

Abá - ñú iba - í América pe - muarí
ndó jeyaigüi ó ñá - acarápa - á

MONTEVIDEO
IMPRENTA ARTÍSTICA Y LIBRERÍA, DE DORNALECHE Y REYES
Calle del 18 de Julio, 77 y 79.
1894

MANUEL BERNÁRDEZ

EL

Tratado de la Asunción

Abá-ñú iba-i América pe-muará
ndó jeyaigüi ó ñá-acarúpu-á.

(Traducción libre: *La tierra del Indio es un mal para el progreso de América.*)

MONTEVIDEO
Imprenta Artística y Librería, de Dornaleche y Reyes
Calle del 18 de Julio, 77 y 79.
1894

Al Pueblo,

al Congreso y al Gobierno Paraguayo

El Tratado de la Asunción

I

Etiología del tema

El día que amaneció en Montevideo la noticia telegráfica de que Bolivia y el Paraguay habían por fin zanjado su vieja contienda de límites, con el agregado insólito de que nuestro país había tenido una parte principal en el buen acuerdo firmado, hubo en la prensa y en la opinión un encogimiento de hombros.

Sin embargo: acababa de resolverse un problema que diplomáticos sagaces habían abandonado desalentadamente después de porfiadas tentativas. Esta vez la cuestión que había venido girando sobre la espiral celosa de la integridad del territorio — que en realidad había estado reducida á la disputa de algunas leguas de Chaco salvaje, fué considerada de una manera nueva, de una manera más científica y previsora, sobreponiendo al amor propio territorial, que

á nada conducía, la mutua concesión de buena fe que debía ser vehículo de beneficios positivos para las dos naciones contratantes.

Y era en esa manera nueva de encarar el litigio donde debía buscarse la influencia de nuestro país. La oficiosidad insospechable para el receloso paraguayo de su buen amigo el país oriental, logró desde luego que se volviese á la discusión sin rencor, dando entrada á la sinceridad en el cambio previo de concesiones. Entonces fué fácil disponer de una zona moral más amplia para considerar el arreglo, y se vió, sin duda, que por razones de valor secundario, tal vez de valor dudoso, había estado retardándose durante años la solución procurada, —se vió recién tal vez que la diplomacia había estado defendiendo en su estéril integridad los dominios de la barbarie, á que tenía pleno derecho el progreso de aquellos pueblos y la civilización continental.

Á la formación del criterio verdaderamente político que vino á reaccionar contra el antiguo orden de cosas y á determinar un acuerdo para matar al Desierto —el enemigo común— concurrió nuestro país con sus buenos oficios y con las oportunas indicaciones de carácter científico que supo incorporar al debate, poniendo en evidencia el alcance trascendental que la buena armonía entre Bolivia y el Paraguay iba á tener para todos estos países, elevando así la ecuación simple de una disputa territorial, á la potencia magna de un problema sudamericano.

Las vastas proyecciones que la salida de Bolivia por esta región atlántica iba á ofrecer á los países

de la hoya del Plata; el lisonjero estado de las gestiones iniciadas para llegar al arreglo que había de producir aquella salida abriendo la navegación del río Paraguay á Bolivia; la forma de nuestra mediación en el litigio y aun la mediación misma, eran cosas ligadas entre sí que debían tomar de sorpresa, como tomaron, no sólo á nuestro país, sino á todos los pueblos más ó menos interesados en el asunto. Hasta Bolivia y el Paraguay fueron sorprendidos por la noticia de haberse concluído su vieja diferencia. De modo que la novedad con que fué recibida aquí era del todo justificada. Y la razón de la reserva observada se explica fácilmente por la naturaleza misma del asunto, cuya solución, si se buscase á cartas vistas, sería probablemente entorpecida por los países interesados en mantener indefinidamente las cosas en su actual estado. Sólo una absoluta discreción podía tal vez evitar las influencias retardatarias de Chile, quizás de la Argentina y acaso del Brasil, según podría pensarse por una publicación que ha hecho recientemente en un diario paraguayo el Encargado de Negocios del Brasil en aquella República. De todos modos, y fuese cualquiera la actitud del Brasil en este caso, creemos que el arreglo de límites (contando con el apoyo de los Congresos que han de sancionarlo) es cosa ya indestructible por otra causa, para honor de la cultura y del Derecho de Gentes americano. No tememos una intervención aviesa del Brasil ni de nadie contra ese hecho llevado á término por la voluntad de dos países soberanos, pues no habrá á buen seguro

en América, á esta altura de la civilización, una nación bastante intrépida para echar sobre sí la responsabilidad de un atentado odioso, que no podría alegar pretexto ni atenuación alguna. Le hacemos al Brasil el honor que merece su diplomacia sensata y su crédito proverbial de pueblo culto, — y aun más honor le hacemos al considerar que no se prestaría á servir como instrumento de intereses extraños, — porque el Brasil sólo ventajas reportará del arreglo de límites concluído, sin que pueda infundirle inquietudes de ningún género; de suerte que su intervención contra él, además de ser una vía de hecho contra su propio interés, sería una oficiosidad á favor de tercero, un atentado por encargo sin causa confesable; y ni el Brasil ni ningún país altivo es capaz de aceptar tales personerías. (1)

. . . . . .

En cuestiones como ésta que tratamos no pueden sumarse sólo las razones abstractas de Derecho Internacional, para determinar la política y deducir la actitud de los Estados. Deben tomarse también los coeficientes de sus ventajas materiales. He aquí por qué vamos á considerar á continuación el interés particular de cada uno de los países interesados más ó menos en el arreglo paraguayo-boli-

(1) Los diarios del Paraguay nos trajeron posteriormente completa la publicación del diplomático brasilero, que al llegar aquí mutilada por el telégrafo, parecía indicar un designio de intervención tutelar del Brasil. No hemos querido alterar lo escrito bajo tal impresión, porque quede también expresada la dignidad y alteza de vistas que con justicia atribuímos á la política de la República Brasilera.

viano, sin olvidar el interés del Brasil, para que quede más en claro, no sólo la vasta y complexa importancia del problema que se resuelve, sino también *que ningún Estado, ni aun la Argentina, ni aun Chile, ni mucho menos el Brasil, pueden tener interés legítimo en estorbar la consagración del Tratado paraguayo-boliviano.*

II

Un paraíso perdido

Natural es que empecemos por Bolivia. Ella fué, su ansiosa y desvelada gestión de país encarcelado, la que con sus repetidas tentativas ha concluído por lograr la remoción del obstáculo. Además, es el país que más nos interesa presentar á América, para que se le aprecie, y se le ame, y se le tenga en lo que vale y en lo que promete, porque—¡fenómeno característico de la ignorancia en que los pueblos americanos vegetan con respecto á su mutua importancia y valía!—Bolivia no es sólo un país desconocido para el Plata, en cuyo caso se nos presentaría con los prestigios de la novedad;—Bolivia no es un país ignorado para nosotros;—es algo peor que eso:—es un país falsamente conocido, un país tenido en menos porque el azar de la guerra le ha sido contrario, razón para que se le creyese cobarde,—y porque los ejemplares etnológicos lle-

gados de su altiplanicie á estas regiones proceden de su masa indígena, razón por la que se le considera bárbaro. Bolivia es para nosotros *el país de los coyas*, es decir, una región cuyos naturales viven aun con los recursos espontáneos de la tierra ubérrima, vendiendo semillas milagrosas, explotando la superstición y creyendo en ella, ofreciendo en sus giras de nómades, plumas de *caburé* de fascinantes virtudes, habas eficaces para todas las dolencias y pastitos simpáticos para el amor. Á esto se reduce nuestra idea general de Bolivia. Algunos espíritus estudiosos, con bastante trabajo, han llegado á saber que en tal país la intelectualidad florece como planta oriunda, que sus hijos son altivos y su porvenir magnífico. Pero la idea deprimente predomina,—la creencia en un pueblo degenerado, fofo, errante casi, en una especie de bohemia americana, es la creencia ambiente. Parece mentira: pero hasta aquellas monedas potosinas llamadas *Melgarejos* por haber sido acuñadas en honor del general de ese apellido, y aquellas otras menores llamadas en nuestra campaña *cuatros bolivianos*, ó simplemente *bolivianas*, unos y otras desmonetizados repetidamente, hasta perder del todo su valor y tener que retirarse de la circulación, han perjudicado al país de su origen, dejando de él la idea de un pueblo que se borra, que se aleja,—de un pueblo definitivamente perdido, desvalorizado como su moneda.

Y sin embargo, nada más caprichoso y falso que semejante creencia, que sólo puede excusarse por el aislamiento en que viven entre sí casi todos los pue-

blos de América. Como no hay entre ellos intercambio de productos, tampoco hay comercio de pensamientos. Sabemos lo que ocurre en Laponia, en Constantinopla, en las costas del Mar Amarillo, y no conocemos ni siquiera la vida intelectual de nuestros hermanos de raza y vecinos de Continente. No conocemos sus hombres, ignoramos sus empresas, nos son extrañas sus necesidades, como si un mismo origen no nos ligara en la cuna, como si fueran diversas nuestras rutas hacia el porvenir. ¿Qué literato, qué filósofo, qué pensador europeo nos es desconocido? ¿Qué gloria, aunque sea momentánea, no nos manda sus rayos desde el viejo Continente? Entre tanto, del pensamiento sudamericano, riquísimo y genial, ¿qué conocemos, fuera de la cuenca platense y de algunos destellos del estro chileno?.... El ancho Atlántico no es un obstáculo para las ideas ni para el comercio europeo, pero sí lo son, el áspero desierto, las cordilleras insociables, los sombríos bosques....y algunas fronteras, donde una intransigencia atávica ha venido haciendo la guardia....

Volvamos á Bolivia.

Bolivia es uno de los países más ricos del Continente. La Naturaleza se ha complacido en derramar el metal puro en las entrañas de sus montes, en el Potosí legendario, en la altiplanicie de Oruro, en la vastísima Meseta, donde el vegetal no medra, pero donde corren y se extienden las ricas venas de plata. — Los productos de la zona tórrida se derraman sobre aquella tierra, como un raudal del cuerno

de Amaltea: el cacao, el exquisito café de Yungas, el tabaco, la caña de azúcar, todo nace allí opulentamente; y aunque el Trópico de Capricornio alcanza por un extremo su zona, la variedad termométrica más grata caracteriza á tan bello y raro país. Arde el sol sobre su Chaco de Santa Cruz de la Sierra y sobre los llanos del Beni; en Cochabamba impera el clima variado y fresco de las zonas medias; Sucre vive en una eterna primavera, y reinan en Oruro las monotonías del paisaje helado. El gigantesco Illimani, vecino de La Paz, contiene, desde su base hasta su cúspide, los productos y las temperaturas de todos los climas. Durante el Verano se beben á su pie, helados hechos con las eternas nieves de su cima. Y por los valles inmensos, de tibio ambiente, la llama, el guanaco, la vicuña, la chinchilla, la alpaca, se multiplican, utilizados por el aborigen en las primitivas transacciones de su comercio. El inapreciable árbol de la quina, el árbol del pan, el junco del agua, la perfumada vainilla, y millares de plantas medicinales y de maderas preciosas, hacen de la flora boliviana una riqueza inagotable, apenas explotada.

Este país, colmado de tan raros y preciosos privilegios naturales, tenía el complemento necesario para irradiarlos. Tenía la costa de Antofagasta sobre el Pacífico, desde donde podía empujar con rumbo á Europa, las naves exportadoras. Su prosperidad era segura. Los territorios de Atacama y Tarapacá, al par que le abrían salida sobre el Océano, le daban una opulenta riqueza en las salitreras y en

las minas de yodo. Su población, por otra parte, la favorecía: en los llanos cálidos nacía la raza ardiente y en las altitudes el hombre reflexivo, elaborándose un tipo medio, á la vez entusiasta y sereno, capaz de acometer grandes empresas y de persistir en ellas. Sus 800 mil blancos en actividad contrarrestaban victoriosamente la apatía inerte de su millón y medio de aborígenes.

Todo este porvenir lo borró en pocos meses el azar de la guerra. Chile tuvo pendencia con Bolivia; venció Chile, y la costa cayó en poder del vencedor,—de aquel pueblo costeño por excelencia, que se duerme al pie de los montes y al despertarse se halla mirando al mar. Bolivia sufrió el aniquilamiento de la conquista; sus puertos, sus tierras, sus salitreras inagotables, que hoy producen á Chile 30 millones de pesos al año, todo pasó á poder del vencedor.

Desde entonces Bolivia, abatida por la derrota, vino sufriendo los impuestos de Chile, que le permitía, bajo crecidos derechos, el uso del puerto de Antofagasta. Cuando la revolución que tumbó al gran Balmaceda empezó á desatarse en el Pacífico, Bolivia hizo una jugada suprema, á cara ó cruz: reconoció antes que nadie la beligerancia de la revolución. Había un pacto secreto: si la revolución vencía, se comprometía á entregar á Bolivia puerto libre por Antofagasta.

La revolución venció, pero Chile no recordó su compromiso, y Bolivia no obtuvo el puerto libre. Después de eso, nada le quedaba que esperar en

aquel rumbo, y su tentativa de expansión hacia el Atlántico por la arteria del Plata, volvió á ser intentada una vez más. La necesidad era para ella cada día mayor. Sus fuerzas crecían, hervían y se aniquilaban dentro de la frontera tapiada por el aislamiento geográfico. Su fabulosa exportación de plata enriquecía á otro país; las ciudades carecían de industrias, el pensamiento de estímulos, el arte de horizontes. No había más que poetas y oradores, productos ricos del clima, — la raza caucásica, sin recursos para hacer valer su superioridad, se estacionaba, permanecía reducida á la tercera parte de la población, agobiada por la enorme masa de los naturales, que faltos, hasta ellos, de oxígeno en la patria, salían en penosas caravanas á correr mundo, con la maleta al hombro, disfrazadas las mujeres de hombres, á favor de los rasgos epicenos del tipo indígena.

En cuanto al espíritu de empresa, estaba aniquilado por completo, mal grado las enormes riquezas que podían estimularlo. Bolivia no tenía ni tiene aún, sobre su vasta superficie donde nuestro país puede ser contenido siete veces, más que una línea de ferrocarril, y ésa, traída por Chile para explotar las minas que socava el capital chileno. Y no ha sido sin duda el espíritu del pueblo el que ha retardado tal progreso, porque su hermano gemelo el Perú, sólo por la razón de ser ribereño, había empezado en cuatro años, durante la administración del coronel Balta, las obras de 19 líneas, paralizadas por la sangrienta guerra de 1879 — y tiene el honor

de ser el primer país sudamericano que ha construído un camino ferroviario.

De esta simple exposición de antecedentes fluye la conclusión de que la apertura de vías amplias de comunicación era para Bolivia más que una conveniencia capital, una necesidad esencial é indeclinable, que después de llegar á ser la suprema aspiración de sus hombres de pensamiento, se convirtió en la primera preocupación de sus gobiernos y en el más alto punto de mira de las esperanzas nacionales.

III

Fisonomía del Paraguay

El obstáculo era el Paraguay. El vasto desierto del Chaco extendía su inercia somnolente y apática entre las actividades que pugnaban, aisladas, al otro lado de esa extensión poblada de tribus y fieras, y el gran centro de vida que desde aquí las atraía, con la fuerza de los núcleos civilizados y hasta con la corriente de los ríos. Bolivia podría salir por Puerto Pacheco, pero el Paraguay sustentaba derechos de dominio sobre el río y sus márgenes hasta la altura de Bahía Negra, con lo cual el puerto, nuevo *Puerto Deseado,* quedaba prohibido, estéril para todos. Ahora el Paraguay retrocede su pretensión aguas abajo en la extensión de un grado geográfico, y entonces Puerto Pacheco queda libre á la navegación boliviana.

Con esta concesión el Paraguay ha resuelto uno de los problemas más importantes para su porvenir. No contemos las compensaciones del Tratado, porque aun no las conocemos á fondo (1); pero estudiemos la perspectiva, que no ha podido protocolizarse.

El Paraguay es uno de los países que más fuerza de moción necesita para no retardarse en las jor-

(1) En sus términos generales, sí; y en honor de la verdad, lo mismo que para evitar á tiempo cualquiera suposición disgustante para la dignidad de Bolivia, debe hacerse notar y decirse bien alto (porque es una verdad que va á comprobar la publicación del texto del Tratado), *que ambos países han cedido una parte de sus pretensiones antiguas.* No nos es permitido avanzar detalles acerca de la fórmula aceptada por los contratantes, fórmula nueva, equitativa y eficaz—la única que podía llevar el litigio á buen término—no nos es dado anticipar informes que la discreción diplomática juzga prudente no divulgar todavía, pero sí podemos declarar *que son erróneos los términos geográficos que se han atribuído al Tratado reciente, por un diario de Montevideo.*

Ninguna de las dos partes ha hecho concesiones que no estén compensadas.

No ha habido, pues, limosnas ni dádivas exageradas. Ha habido simplemente buena voluntad. Se han alterado los términos antiguos é inflexibles, *pero dentro del nuevo orden de ideas, cada país ha logrado para sí las mayores conveniencias que podía pretender, siempre que pensara seriamente en arribar á un arreglo.* Y esto es lo decoroso y lo digno. Ni Bolivia ni el Paraguay han podido pretender ventajas por sorpresa. La publicidad del Tratado arrojará luz meridiana sobre estas afirmaciones que anticipamos, y se verá que el asunto ha sido verdaderamente agotado en sus soluciones prácticas, llevado hasta sus últimas consecuencias. Tanto el Ministro Benítez como el Ministro Ichaso pueden jurar que han puesto sus firmas en el Tratado con los ojos fijos en el interés y en la dignidad de sus países.

La opinión de Bolivia será sin duda unánime en coronar la obra de su distinguido plenipotenciario, que ha conseguido en verdad la victoria que más fecunda podía ser para su país. Y en cuanto al Paraguay, obrando con la sensatez que le han dado sus estoicos sufrimientos, ratificará el Tratado, — nos atrevemos á afirmarlo. Ya se produce en tal sentido una poderosa reacción, en el seno mismo de la escasa agrupación refractaria. El Partido Colorado apoya el arreglo, y el Partido Liberal está muy lejos de combatirlo unánimemente, — ni siquiera en mayoría. Los Tratados anteriores tuvieron calurosos sostenedores paraguayos, y éste, más discreto y equitativo, se impondrá sin duda al gran buen sentido del pueblo, que ya debe estar persuadido de cuán urgente es para su progreso cortar, de una manera equitativa y digna, pero cortar sin demora, estos litigios estériles.

nadas penosas del progreso. Su clima lo enclava, lo agobia su sol inclemente bajo la frondosidad de sus selvas inmensas, reduciéndole las horas de actividad y acobardando sus energías. Se tuesta como un San Lorenzo en la ardiente parrilla del trópico. Necesita dinámicas extrañas que lo empujen y lo arranquen de su peligroso marasmo,—y no es manteniéndose aislado é inaccesible como podrá obtenerlas; no es conservando la inmunidad de los desiertos, ni la soledad de los campos, ni la virginidad machorra de las costas, ni el reinado de las tribus, como podrán llegarle los hálitos potentes de la civilización andina,—sino abriendo sus puertas de par en par al movimiento interior de todo el continente, que irá á buscar el paso por su territorio, estableciendo el intercambio intelectual y comercial, turbando la siesta indígena con el tropel del tránsito de los pueblos, que pasan discutiendo, edificando, dejando en el trayecto, regada con sudor, la semilla codiciada de las manzanas de oro.

En aquel valeroso pueblo hermano nuestro, ha predominado para su mal, durante largos años, una política de Estancia, que consistía en prohibir que los vecinos pasaran el mojón ó entraran al alambrado. Desde la sombríamente admirable dictadura del doctor Francia hasta el autocratismo de los López, parece que hubiera venido pasándose en herencia, como talismán misterioso del poder, aquel cuidado celoso y hostil de las fronteras, aquella antipatía manifiesta á los rumores de afuera, como si comprendiesen los capataces de aquel valeroso país

gobernado entonces como una hacienda (lo mismo que el nuestro en años aciagos), el peligro de que llegaran á oídos del pueblo sufrido y taciturno las voces de libertad, de progreso, de derechos, los gritos de lucha y de triunfo, las arengas, el ruido de las mareas populares — la fascinación de todas esas fuerzas nuevas y deslumbrantes que voltean á empujones las Bastillas y desatan resoluciones soberanas entre la masa informe de los pueblos.

Cayó el Paraguay en la gran guerra, vencido y gigante, como un héroe de la Iliada. Y después de aquella resistencia troyana, su vida, sojuzgada por la victoria, necesitó toda la virtualidad de su origen soberano para renacer y volver á constituir un pueblo. Concentrado en su dolor altivo, trabajó el Paraguay en su reconstrucción — que debió hacer desde las oficinas hasta los hogares, desde las leyes hasta los sembrados. Fué una nación que tuvo que empezar de nuevo su vida institucional y material. Ese mérito tiene, estoico: tuvo una resurrección. Algo de aquella superstición que se atribuía á los soldados de López, según la cual, al morir en el campo de batalla, renacerían en la Asunción, — algo de ese candoroso milagro le pasó á la nación paraguaya. Ella tuvo un renacimiento, prodigioso si se atiende á lo inmenso, á lo profundo, á lo sangriento y terrible de su caída.

Al entrar en las nuevas actividades — sobre aquella inmensidad de escombros — el Paraguay, digámoslo en su honor — abrió los ojos y tendió los brazos á la vida exterior. Mientras se reconstruía respondió

á todos los llamados internacionales: al Congreso Postal de Berna, al Congreso Médico de Roma, al Congreso Pan-Americano, á la Conferencia Internacional de Wáshington, á nuestro Congreso Internacional, cuyas conclusiones recién acaba de aprobar estos días la Argentina, mientras que el Paraguay les dió inmediatamente su sanción legislativa—y á todas las exposiciones donde su riqueza natural y más que nada su vigoroso buen deseo pudo ponerse en relieve. El 4.° Centenario Colombino fué celebrado por la Asunción con una Exposición Nacional en el histórico palacio de López. Los gobiernos de los generales Caballero y Escobar dictan leyes de inmigración, que abren las puertas á las corrientes extranjeras. Atendiendo á la conocida ley económica de que los pueblos pobres en tierras fiscales son ricos en rentas, venden por miles de leguas las tierras del Estado á fuertes sindicatos; fundan Bancos de Crédito personal, de Crédito Agrícola y de Colonización. El general Escobar, al terminar su laborioso período el 90, deja el oro al 109. Esfuerzan las líneas ferroviarias todo lo que les es dado; fundan la Universidad; establecen Facultades técnicas, Escuelas secundarias, Escuelas Agronómicas. Todo esto, en globo, da una idea elevada del progreso que aquel país privilegiado improvisó con sus propios elementos. Pero faltaba la relación, faltaba el comercio externo. Un pueblo que gira sobre sí mismo, no puede avanzar,—es la eterna fatiga de la ardilla corriendo dentro de una esfera sujeta á la ley de

rotación sobre su eje. En el pueblo paraguayo este retraimiento casi se explica, después de sus cinco años de batalla y sus seis años de ocupación militar. El pueblo que cayó solo, pudo tener la suprema soberbia de levantarse solo. Pero levantado y reconstruído, no puede olvidar sus obligaciones de pueblo, y de pueblo americano.—No se ha inventado aún el movimiento ni la vida continua. Los elementos exteriores son imprescindibles, y se impone una contribución recíproca, la que trae el equilibrio y la prosperidad armónica. *Chacun pour tous; tous pour chacun.* Ése es el lema moderno, sobre todo entre los países americanos.

Sólo la ignorancia engreída desconoce la solidaridad de las sociedades humanas y las ventajas que reportan del apoyo mutuo. La necesidad vital de las vinculaciones internacionales es un principio practicado por todos los pueblos cultos. Apenas si la China ha negado plaza á la vida extraña, encastillándose en su decantada civilización, que no ha progresado nada en miles de años, conservándose extática, girando sobre sí misma, abismada, como un faquir en la contemplación de su ombligo.

¡Así es de tremenda la lección que está recibiendo!

¿Cómo avanzó Europa del estancamiento medioeval al maravilloso progreso presente? Abriendo sus fronteras al tránsito libre y dejando circular entre las ruinas feudales la corriente fecundadora de los pueblos. ¿Y tan luego en América es posible que haya Estados que miren con recelo el

paso de la humanidad por sus desiertos? ¿Es posible que haya un partido capaz de sostener aun la política de fronteras adentro, — es posible que haya algún país bastante ciego, bastante soberbio, bastante insensato para decir que fuera de su territorio no tiene nada que hacer, que nada necesita de la civilización y del comercio ajenos, — que como el protozoario de la fábula afirme que el mundo se halla contenido en su gota, y que fuera de ella se concluye el espacio?....

Los grandes descalabros sufridos por los pueblos de más empuje ofrecen claros y recientes escarmientos y empiezan á aclarar las vistas de los que más engreídos se hallaban por su progreso precoz y su pujante vitalidad. Se empieza á comprender que no hay ayuda, por pequeña que sea, que deba desdeñarse. Y la necesidad de vincularse á través de las fronteras abiertas se hace carne, cada vez más enérgicamente. Urge concluir cuanto antes las contiendas de límites, considerándolas como tropiezos que hay que sacar del paso. Es preciso que los pueblos que disputan por esa causa tomen altura y se penetren de que el peor de los arreglos será mejor para ellos que el litigio. Y con ese criterio común desecharán del debate las falsas razones de patriotismo y se avendrán en seguida, en homenaje al interés americano, que es patrimonio de todos.

Los telegramas de la Asunción que en estos momentos leemos, dicen que el Partido Liberal para-

guayo combate ardientemente el arreglo de límites.

Volvemos á tomar la pluma para ampliar este capítulo.

El Partido Liberal, fuerza de oposición, trata de representar en el Paraguay la agrupación moderna, levantada frente al Partido Colorado, que sustenta allí la vieja tradición política y agrupa bajo sus banderas la acción conservadora. (1) Pensamos en

(1) A pesar de la índole que señalamos en cuanto á la tendencia política de cada uno de los partidos paraguayos, conviene hacer notar, para los que no conozcan á las gentes y las cosas de aquel país, que los hombres de mayor capital político y de intelectualidad veterana forman en el Partido Colorado. Bastará nombrar á los Generales Caballero, Escobar y Eguzquiza, á los señores Morinigo, Uriarte y González, ex presidentes (á excepción del General Eguzquiza, que lo es actualmente) los doctores Decoud, de familia selecta, semejante á las de Ramírez y Herrera y Obes en nuestro país; los doctores Gondra, Insfrán (actual Vicepresidente de la República), Audivert, ex Presidente del Superior Tribunal de Justicia y distinguidísimo jurisconsulto; el doctor Venancio V. López, ex Ministro de la Presidencia González; don Gregorio Benítez, conocido y hábil diplomático, que ha tenido el honor de firmar el reciente Tratado de límites con Bolivia; el veterano Coronel Maciel, ex Ministro de Justicia y Gobierno; y verdadera falange de lo que podría llamarse la reserva intelectual y política del Paraguay. En cambio, la vanguardia está en el Partido Liberal; deben citarse por su carácter y talento los doctores Cecilio Báez, vigoroso periodista, Emeterio González, José Tomás Legal, ex Rector de la Universidad, Benjamín Acebal, distinguido y notado diplomático y ex Ministro; y los señores Urdapilleta, Gerente del Banco Territorial y conocido economista, don Juan Bautista Gana, ex Presidente del mismo Banco y fuerte capitalista, y don Francisco Millers, Presidente actual; don Fabio Queirolo, distinguido y sincero periodista; don Ignacio Ibarra, fundador, propietario y director de *La Democracia*, el más importante y antiguo diario de la Asunción, y el doctor don José Irala, Diputado elocuente, el cual (creemos que lo mismo que el doctor Cecilio Báez), se ha separado recientemente del Partido Liberal.

Como se ve, valiosos elementos militan en los dos bandos, pero predomina en la juventud el Partido Liberal. Por eso es que se acentúa la incongruencia qua resultaría de la acción de esa falange animosa contrariando una demanda de justicia, de equidad, de fraternidad, de progreso, que es también de positivos beneficios para el Paraguay, con lo cual no tienen ni razón para inquietarse los justificados egoísmos patrióticos.

esto y no podemos ver sin maravilla que sea la agrupación tradicional la que se adelante á abrir la puerta á la civilización y al progreso exterior, la que realice un hermoso acto de fraternidad americana, decretando la liberación comercial de Bolivia, mientras que el Partido Liberal, el de los nuevos ideales, la falange que cuenta con más numerosos intelectuales jóvenes, que debía ser por tanto la cohorte generosa, si es que aspira á ser la hija legítima de un modernismo altruista, se lanza á detener las corrientes de riqueza y de salud que van á fecundar las soledades brutas, niega la fraternidad y defiende al desierto!

Será un error patriótico el suyo, pero es un profundo error. Ellos no tienen derecho á ser retardatarios. Ellos no pueden quitarle al Paraguay la ocasión magnífica de ser árbitro de la suerte de un pueblo y fallarla con desprendimiento que lo honra y lo señala á la consideración de las naciones cultas. Ellos no pueden pretender además que el Paraguay se niegue á salir de su Meca contemplativa, de su situación subalterna como entidad comercial y financiera, para reivindicar el puesto que le compete, para entrar de lleno al progreso y á la actividad reproductiva, abriendo sus soledades á la circulación continental, que en día no lejano lo llevará á aquel ciclo próspero augurado por el ilustre argentino Rawson—á propósito precisamente de una vía internacional — á aquella época feliz «en que será preciso ensanchar las calles y los caminos para que tengan cabida las masas de seres humanos formadas

de todas las razas y cargadas con la variedad infinita de riquezas que buscarán su mercado, dejando á su paso el rastro de oro y de luz que señala la civilización del siglo en sus más espléndidas manifestaciones ! »

IV

La política de Chile

Bolivia y el Paraguay quedan formados en primera fila, como los más interesados en concluir su contienda.

¿ Y Chile?....

Este sobrio y fuerte país, llamado con motivo la Albión de Sud-América, no puede ser descartado del debate.

Chile es la nación que antes ha declinado el amor propio del terruño y ha salido á buscar afuera las riquezas ajenas para agregarlas á su caudal. Es un pueblo valiente y aventurero, tan frugal en costumbres como ávido en tendencias. Cincuenta años de paz le permitieron tranquilamente desarrollar de manera integral sus actividades en el interior de su territorio, y pensar acaso que se estaban perdiendo lastimosamente las riquezas nativas de sus vecinos, constantemente anarquizados. Su índole dominadora de pueblo montañés procuró y obtuvo la preponderancia de sus armas, y ya dos veces ha con-

sagrado por la fuerza el derecho de conquista. Una ancha faja del desierto de Atacama primero, con el puerto de Antofagasta que servía de salida á Bolivia, pasó á su poder, agregándosele el riquísimo territorio peruano de Tarapacá, y luego, en la cruenta guerra de 1879, otra provincia peruana y dos más en rehenes,—las mismas que ya no escaparán á su dominio, porque el Perú, en vez de lidiar por su rescate, se desangra míseramente en una guerra civil. Chile no ha perdido ocasión de extenderse sobre la costa de su océano, y hay quien afirma que ha acariciado á veces unos hondos anhelos de preponderancia sudamericana, y que más de un día contempló con celo el apogeo del gran país argentino, pensando acaso que era aquel crecimiento un menoscabo á sus ensueños de señorío interoceánico.

Hijas de esta política cuyo primer amor es la grandeza propia, fueron sus conquistas militares, el indispensable botín que buscó siempre en sus victorias. Acaso se hallaba estrecho para el envidiable conjunto potencial de sus pensadores, sus diplomáticos, sus estadistas, sus industriales, sus historiadores, sus publicistas, sus bardos, sus militares montados á la moderna. Y tal vez por eso pensó en dilatar sus dominios, aunque hubiera de ser absorbiendo.

Su política en el Pacífico después de la guerra acredita esta tesis. Al Perú le dejó la alternativa de cambiar por diez millones oro sus dos provincias aprisionadas, y á Bolivia se le fué al corazón con

un progreso que era á la vez una ligadura,—el ferrocarril de Antofagasta á Huanchaca, todo chileno, como chilena era casi en absoluto la explotación de las minas. Aquella arteria, que fué violentamente combatida, que fué hasta rechazada una vez por el Congreso boliviano, concluyó por tenderse, y por cierto con admirable rapidez —como que en quince meses se trazó la línea y se entregó al servicio, desde Ascotán á Oruro, alcanzando la extensión de 923 kilómetros.

Con esa línea, que Bolivia no tuvo más remedio, y hasta, dado su atraso, tuvo ventajas en utilizar, Chile adquirió sobre aquel país una positiva tutoría comercial, que ha venido ejerciendo hasta la fecha con suculentos resultados. Bolivia era un peón de su progreso, y el puerto de Valparaíso llegó á su apogeo con la ingente exportación boliviana, que sin embargo, estaba diezmada por la gabela de fletes y derechos de salida, y debía aun dar la vuelta al Continente, sorteando los riesgos del estrecho y pasar por nuestros puertos, para dirigirse recién á los mercados europeos.

Sin duda este estado de cosas era ventajoso para Chile. Pero, ¿podría este país pretender prolongar indefinidamente su tutela comercial sobre Bolivia? No. El prisionero era demasiado fuerte para resignarse. Tenía que romper por algún lado; su libertad era cuestión de tiempo. El bárbaro destazado de Polonia no podía intentarse en estas latitudes; y Chile, pueblo sagaz y práctico, ya que no podía impedir la manumisión, debía tratar, como trató sin

duda, de que se produjese en las condiciones que á él le ofrecieran menos desventajas.

Está en este caso la solución que va á alcanzar el asunto. A Chile le conviene estar al habla con su amigo el Brasil y va á estarlo merced á la prolongación de la línea de Antofagasta hasta Puerto Pacheco, que lo dejará río por medio con Matto Grosso. Esta aproximación, de posibles proyecciones estratégicas, hay ciertos motivos para suponer que la vienen buscando ambos camaradas desde 1890. — En primer lugar, es fenómeno digno de atención la indiferencia, la bondadosa tranquilidad con que Chile, tan cosquilloso y hábil, ha venido presenciando la gestión del arreglo de límites, que él sabía bien á dónde iba á parar. ¿Le pasó inadvertida?.... Podría. Pero sería raro, por más que también dormitaba el viejo Homero. Ni su gobierno ni su prensa han manifestado alarma por la nueva tentativa de Bolivia para escapársele por el Plata. La otra razón es más bien una conjetura, pero que vale la pena de aducirse: consiste en que el Brasil viene desarrollando desde 1890 una línea ferroviaria de 0.75 centímetros (igual á la de Antofagasta), que había empezado por ser de interés local y que de pronto fué declarada de interés nacional, garantida y rodeada de estímulos, con los cuales se desarrolló rápidamente con rumbos á Matto Grosso. Esta línea, que es la llamada *Oeste de Minas*, tiende también á Goyaz, la futura capital federal, y tiene ya empalme con el Central que va á Río Janeiro. Ahora no es posible saber qué

desarrollo alcanza, porque en la última Memoria del Ministerio de Obras Públicas del Brasil, que tenemos á la vista, correspondiente al año anterior, da la casualidad, ó la coincidencia, de que aparece olvidada, tan luego esta línea. No hay ni un solo dato que la aluda, ni siquiera su nombre se menta entre los demás ferrocarriles laboriosamente estudiados. Este olvido podría tener su razón, — la línea predestinada podría llegar sin ruido á la orilla del río Paraguay atravesando la provincia de Matto Grosso, y entonces los dos poderosos amigos, por encima de Bolivia, se estrecharían la mano.

Ésas serían tal vez algunas de las razones que habría podido tener Chile para no estorbar la apertura de la nueva salida boliviana. Además, en el considerable comercio que abriría con Matto Grosso y con el mismo Paraguay, ha podido prometerse con perfecto fundamento, copiosas compensaciones á la reducción del tráfico de Antofagasta.

Pero séanos permitido manifestar que el interés de aquel activo é industrioso país, compuesto geográficamente de una dilatada costa marítima, debe ser otro mayor, otro en más alto grado conveniente á su grandeza comercial, á su enorme importancia del futuro: él debe pensar que sus costas, que sus puertos, van á ser más necesarios cuanto mayor sea el desarrollo de los países del centro; debe pensar que su puerto de Valparaíso está destinado á ser cabecera de la colosal línea Interoceánica que arrancando del Atlántico, desde el puerto de Recife, recorrerá 6,500 kilómetros por las regiones más ri-

cas y vírgenes, por los portentos de la flora, de la fauna, de la minería, vendrá enlazando numerosos sistemas ferroviarios de carácter local, vendrá vinculando 31:000.000 de almas que ya pueblan los territorios vastísimos del trayecto, y arrastrará toda la expansión enorme de los países intermediarios hacia Chile, hacia la costa del Pacífico, para salir por ahí á derramarse en los vastos mercados de Australia y Nueva Zelandia, que á su vez buscarán el nuevo puerto para poder atravesar la América con el ópimo convoy de su riqueza y dirigirse rápidamente, saliendo por Recife, á los mercados europeos. Ese movimiento asombroso, cuyos emporios serán Valparaíso en el Occidente y Recife en el Oriente de la América Meridional, se elevarán á incalculable potencia cuanto mayor sea el desenvolvimiento de los países que van á ligarse con la poderosa arteria Interoceánica, y que son directamente Chile, la Argentina, el Uruguay y los Estados del Brasil desde Río Grande á Pernambuco, é indirectamente el Perú, el Paraguay y Bolivia.

Fomentar ese resultado americano, tender al logro afortunado de porvenir tan grande, deben ser las aspiraciones constantes de los estadistas chilenos; y cuando á tal aspiren, como sin duda aspirarán, porque la diplomacia chilena es de las pocas que en América trabajan para el futuro, entonces verán cuán poco importa perder el tributo forzoso de un pueblo prisionero, cuando está por delante el tributo espontáneo de siete grandes naciones, que pagarán más cuanto sean más ricas y prósperas.

Más adelante ampliaremos la consideración de este humanitario y magnífico pensamiento,—la línea Interoceánica, que con la Intercontinental, forman los dos proyectos más trascendentales de este fin de siglo para los Estados de América, y que están afortunadamente á cuantiosa distancia del reino de la Utopía.

V

El interés del Brasil

Los Estados Unidos del Brasil tienen, aunque de orden diverso, intereses de mayor momento en el éxito del tratado de límites que es motivo principal de este alegato, que no tiene más anhelo que elevar el punto de mira de la política Sud-Americana en este asunto que van á debatir los Congresos de los dos países contratantes. El más sincero desinterés conduce nuestra pluma, cuya ambición sería, al terminar, haber dejado en pos de su surco algunas verdades dignas de que las mediten los hombres de bien,—haber logrado trazar algunos conceptos claros sobre el hermoso porvenir americano, cimentado en la amistad mutua, en el interés recíproco y permanente que resultará de las vinculaciones comerciales, intelectuales, morales y políticas, y que hará de América el escenario de la civilización en el siglo futuro, el vasto laboratorio que ha de fundir el presente malestar so-

cial, abriéndole nuevas perspectivas de trabajo fecundo y de ciencia creyente, elevando las razas inferiores á la dignidad del arquetipo, inspirando las leyes y los tratados en la justicia inmanente, haciendo de las sociedades conjuntos armónicos de seres equilibrados de cuerpo y de espíritu, fuertes y tolerantes, capaces de aspirar con motivo á la mayor suma de dicha que pueda ser permitida á nuestra naturaleza.

. . . . . .

El Brasil, que ha contado siempre intelectuales sagaces y patriotas, hace tiempo que ha visto la conveniencia de abrir por los flancos de su inmenso territorio vías de salida para las mil variadas producciones de su suelo privilegiado. Sus publicistas han hecho notar el peligro de decadencia en que están las provincias del medio por falta de vías de expansión con los mercados exteriores.(1) Hacen pensar estos pueblos en el personaje de Dumas, dueño de los fabulosos tesoros de Monte-Cristo y consumiéndose prisionero en el castillo de If. Son las comunicaciones el más urgente y esencial elemento de su indudable y magno porvenir, y para el Brasil, no sólo las comunicaciones con los países extraños, sino con los Estados propios,—con sus interminables soledades, donde los gérmenes vivaces dormitan, esperando al arador, á la segadora, al volante mecánico, á la locomotiva, cuyo silbato parece que conjura al progreso en la huraña inmensidad de los desiertos.

(1) *Revista de Ferrocarriles* de Río Janeiro, 1890.

Hágase justicia al Brasil: desde hace cincuenta años, sus hombres de Estado, con el ilustre don Pedro al frente, sintieron en su espíritu el imperio de esa exigencia nacional, y en lo que ha sido posible los rieles se han extendido hacia el corazón de la inmensa República inmóvil, agitándola, buscando los silencios salvajes para turbarlos.

Un distinguido ingeniero brasilero [1] describe con verdad el criterio instintivo que presidió á los primeros esfuerzos de la vialidad en aquel país, y que es la historia de todas las empresas de esa índole en las demás naciones americanas. No se va, como en las extensiones europeas, al encuentro de un tráfico asegurado: se va á originar el movimiento, á crear la vida. Allá el ferrocarril es llamado por la industria, por la riqueza ya producida, que necesita medios de expandirse; aquí el ferrocarril lleva el *desperta ferro!* á los terrenos incultos; es un explorador, es un sembrador cuyas ganancias tienen que pasar una época de espera, perfectamente caracterizada por los hombres de ciencia con el nombre de *la faz crítica.* Allá en el Brasil, como aquí, como en Chile, como en la Argentina, como en todas partes sobre el continente, muy contada es la línea que ha terminado su primer año con dividendo ganancial. Las garantías han hecho el gasto. Pero la prosperidad es segura. Por eso el capital inglés se lanza confiadamente sobre los rieles. El Brasil, sobre su superfi-

(1) Fernandes Pinheiro, en la obra *Le Bresil,* publicada el año 1889.

cie de más de 8,000.000 de kilómetros, tiene ya abiertas al tráfico 108 líneas ferroviarias, con un total de 10.300 kilómetros. Entre las principales líneas hay unas diez que han atravesado ya su faz crítica y se hallan en pleno período de prosperidad, pero hay en cambio ferrocarriles tan importantes como el de Porto Alegre á Uruguayana, el Central de Bahía, el de Sorocabana, el de Paraná—que tiene 15 túneles en su línea y costosísimos puentes y viaductos,—el de Río Grande á Bagé y otros muchos, que se hallan en su período crítico, en la faz del crecimiento económico, que sólo podrán vadear con el remolque fiscal de la garantía. Pero entre tanto las líneas se multiplican, y se extienden, y acortan las distancias alargando las trochas flanqueadas por el telégrafo. Cada vez con mayor convicción, el Brasil persiste en tejer y espesar sus redes ferroviarias. En la Conferencia internacional Americana celebrada en Wáshington en 1889, los distinguidos delegados del Brasil apoyaron el gran pensamiento de la línea Intercontinental; se declararon siempre partidarios de las grandes vinculaciones internacionales, y al tratar en particular de su país, *señalaron la conveniencia de una línea que, partiendo de la altiplanicie de Bolivia y atravesando el río Paraguay al norte de Bahía Negra, fuese á entrar al Brasil por la altura de Corumbá. Y así se hizo el trazado general de la línea Intercontinental*[1]. *Con corta diferencia de latitud era el mismo pensa-*

(1) *Informe preliminar de la Comisión Ejecutiva del Ferrocarril Intercontinental.*—Wáshington, 1893.

miento que el Tratado de la Asunción viene á desarrollar.

Y henos aquí que llegamos á concretar el interés del Brasil con el arreglo paraguayo-boliviano, después de un rodeo, tendente, en primer término, á demostrar la urgencia de comunicaciones de nuestro grande y buen vecino, — á constatar luego que ésa ha sido la patriótica obsesión de sus hombres de Estado, y á concluir por fin que esta vía, salvadora para Bolivia, valiosísima para el Paraguay, conveniente para los intereses honestos de Chile, no puede ser combatida por el Brasil, porque eso sería desmentir á sus hombres de ciencia y sería sobre todo rehusarse á recoger la utilidad innegable que se le brinda á esa inmensidad abrasada de Matto Grosso, inerme, inmóvil, con su Arsenal abandonado, su capital casi en ruinas y su correo servido á pie por los senderos crudamente asoleados. Matto Grosso revivirá cuando llegue á su centro la vida refrigerante del tráfico fluvial; cuando el futuro ferrocarril que llegará á la costa del río desde la altiplanicie boliviana le traiga los rumores de la actividad industrial de Chile, que hará sin duda copioso comercio con los productos característicos de Matto Grosso. Esa línea boliviana acabará sin duda por atraer hasta la margen oriental del río á la línea *Mogyana* y sobre todo al ferrocarril *Oeste de Minas* de que ya hemos dejado referencia; y entonces, mientras el Brasil queda al habla con Chile, Matto Grosso, con toda su inexplorada riqueza tropical, quedará definitivamente

incorporado á la civilización, que hoy no arraiga en su territorio, porque la civilización no puede aislarse sin ser más ó menos tarde sojuzgada por la barbarie. Es la sencilla moraleja « de juntar buenas manzanas — con otras ya enmohecidas: — no mejoran las podridas — pero se pudren las sanas. » Robinsón, solitario, acaba por sentirse troglodita.

VI

El interés Argentino

Nuestra briosa vecina del otro lado del río tiene también caudalosas razones para ver con buenos ojos la manumisión comercial de Bolivia.

Es verdad—y hemos de consignarlo á fuer de sinceros — es verdad que muy probablemente no será para su puerto la mayor afluencia del movimiento que sin duda va á operarse en las aguas del Plata cuando Bolivia pueda utilizar el camino que ahora se abre á su afán; pero es verdad también que cuanto más incremento adquiera la vida comercial de Bolivia, mayor será el comercio de sus regiones del Sud, que van á estar servidas por el ferrocarril Central Norte Argentino, que desde Jujuy donde se halla, va á extenderse hasta Laquiaca, frontera boliviana, y va á arrastrar hacia el puerto de Buenos Aires un tráfico cuantioso que, en lo que á la región Sur de Bolivia se refiere, no podrá ser des-

viado por ninguna contingencia. No pueden hacerse iguales previsiones tratándose de todo el comercio de Bolivia, pues la arteria argentina no podría hacer concurrencia á la vía fluvial del Paraguay para el movimiento de las provincias del centro. Podría ofrecer alguna mayor rapidez, pero no podría competir en cuanto á las tarifas, que elevará considerablemente la dilatada tracción ferroviaria, no menor de 2500 kilómetros desde la Meseta de Oruro hasta el puerto de Buenos Aires. La ventaja de la rapidez, que es sin duda importantísima en general, no es tan apreciable en este caso, porque las máximas velocidades de transporte, aunque estimables siempre, sólo son indispensables para los países en pleno desenvolvimiento, cuando todas las energías producen, se aceleran y rinden lo suficiente para compensar los dispendios de la locomoción perfeccionada. En los comienzos, la baratura prima sobre las rapideces relativas, máxime en este caso, cuando la diferencia no será exorbitante, pues al ferrocarril argentino no pueden asignársele marchas mayores de 25 kilómetros, á causa de las malas condiciones del subsuelo en la ancha parte de Chaco que atraviesa la línea, y de los trasbordos que le ocasiona forzosamente la diversidad imprevisora de sus trochas. En efecto: de Buenos Aires á Tucumán tiene este gran ferrocarril la trocha de 1 m. 676, y de Tucumán á Jujuy la de 1 m.—Suponiendo que la prolongación hasta Laquiaca sea hecha á este mismo tipo, no sabemos cuál emplearía Bolivia de su frontera para adentro, pero es lo más probable que

adopte previsoramente la trocha normal de 1 m. 44, para hallarse en el futuro dispuesta á entrar sin dispendios ni demora en la circulación general que la gran arteria Intercontinental está llamada á establecer, en un futuro más próximo de lo que puede creerse.

Teniendo en cuenta, pues, la velocidad media asignada á la línea argentina que va á ofrecer su servicio á Bolivia, resulta que necesitará cerca de seis días para correr el trayecto de Oruro ó Sucre al puerto de Buenos Aires. Por el río Paraguay, contando siete días de navegación (de la Asunción á Montevideo son cinco) y uno entre ferrocarril y embarque, tendremos ocho días. Apenas un 30 °/₀ de aumento en el tiempo, que sin duda será compensado durante muchos años por la diferencia de las tarifas.

Puede, pues, nuestra buena amiga la República Argentina conformarse con el tráfico que van á ofrecerle las provincias bolivianas del Sur. La pequeña erogación que hará con la extensión de su línea tendrá compensaciones ópimas de todos modos. Por lo demás, no podría sensatamente pretenderse que Bolivia volviera á entregar su porvenir á un nuevo monopolio ferroviario. Salir de Chile para meterse en la Argentina sería una novedad, ciertamente, pero no sería un rasgo de buen sentido. Sería cambiar de cama sin cambiar de dolor.

Hay que considerar estos problemas en su naturaleza y no en sus circunstancias de momento. De aquella manera se pueden asegurar ventajas perma-

nentes. De este modo sólo pueden lograrse proventos también de circunstancias. Y en estas cosas es una falta imperdonable no tomar en cuenta las emergencias lógicas del porvenir.

Los beneficios de la República Argentina en su futuro trato con Bolivia serán muchos y constantes, pero no serán tantos como ella tal vez se promete, como lo hemos visto augurar alegremente, y también superficialmente, á alguno de sus diarios, vaticinando el advenimiento feliz de un tráfico fecundo *y sin competencia.* No, no será así. Habrá competencia, para bien de Bolivia, pero alcanzará la feria para todos. Es preciso dejar ya de soñar en los monopolios, en las proficuas dictaduras,— ahora se tratará de luchar legítimamente, y obtendrá mayores beneficios quien ofrezca mayores ventajas. Por lo demás, lo repetimos: las riquezas que la Argentina va á movilizar en Bolivia entrando por Laquiaca no pueden calcularse; y sus productos agrícolas, su tasajo, su ganado en pie hallarán en aquella zona un mercado voraz, que se irá ensanchando hacia el centro, á medida que las soledades se pueblen y que el trabajo las transforme en centros productivos y consumidores, — resultado á que la vía que va á abrirse por el río Paraguay concurrirá de un modo eficaz y positivo.

VII

El interés Oriental

Llegamos al punto de nuestro trabajo que más justamente debe preocuparnos. Llegamos al momento de tratar los intereses de la tierra propia.— Pero á esta altura, un feliz incidente ha venido á ayudarnos, y vamos á glosarlo sin demora, porque hay en lo obrado algo que lo eleva sobre el nivel vulgar de nuestra opinión personal, abonándolo, en los grandes lineamientos del problema que estudiamos, con el docto criterio de un diario que por doble razón debe ser escuchado en este caso: por la talla intelectual y moral del ciudadano que lo redacta y por el hecho de ser esa hoja, de oposición definida á la actualidad política del país.

Cuando habíamos terminado de bosquejar el interés que el Tratado encerraba para la República Argentina y nos recogíamos para considerarlo desde el alto punto de vista con que debe mirarlo nuestra tierra, apareció en *La Razón*, (fecha 4 de Diciembre), el siguiente editorial:

« EL TRATADO PARAGUAYO - BOLIVIANO

« La prensa de palacio se manifiesta resentida, y un si es no es escandalizada, porque la prensa inde-

pendiente no echa á vuelo sus campanas, algo más sonoras que las otras, en celebración de la victoria que nuestro gobierno ha obtenido en el avenimiento del Paraguay y de Bolivia sobre su vieja cuestión de límites en el Chaco. — La prensa independiente, en efecto, ha dado las noticias oficiales con cierta reserva de opiniones. — ¿Por estrechez de ideas? — ¿Por falta de patriotismo? — No, señor; simplemente por falta de datos.

« En la Asunción se ha firmado un Tratado de límites, entre el plenipotenciario paraguayo y el plenipotenciario boliviano. — Don Adolfo Basáñez, secretario de la Legación Oriental, encargado de negocios por muerte del ministro titular, comunica el hecho con felicitaciones al Presidente de la República, al Ministro de Relaciones Exteriores, y al Ministro de Fomento, por la parte que les cabe en la feliz terminación del negociado, y todos esos elevados funcionarios retribuyen las felicitaciones al señor Basáñez, por la parte que á él también le ha cabido en la fausta solución de aquel litigio territorial.

« Todo esto cae como una bomba en el campo de la opinión pública. — Nada se sabía de nuestra mediación en los asuntos paraguayo-bolivianos, y lo peor es que nada se sabe todavía, á no ser las felicitaciones recíprocas que han hecho palpitar el telégrafo. Está bien: — la prensa publica esos mensajes de felicitación, y se limita á respetar el sentimiento que los dicta, por no conocer absolutamente nada de los hechos que determinan esa explosión de entusiasmo.

« Otra cosa hubiera sucedido si se hubieran publicado telegramas del gobierno del Paraguay ó de la Legación de Bolivia agradeciendo los buenos oficios de nuestro Gobierno en el arreglo de la cuestión de límites, como parece natural que debiesen existir si en realidad esos buenos oficios han tenido alguna eficacia, como lo suponemos, en el acercamiento de las altas partes contratantes. Ni el Gobierno del Paraguay ni la Legación de Bolivia habrán creído del caso emplear el telégrafo para tales fines; — pero el agradecimiento constará por notas, y entonces, pudiendo ya nuestra cancillería publicar todos los documentos que se refieran á su amable intervención en las divergencias de las dos naciones amigas, habrá llegado la oportunidad de que la prensa juzgue y aplauda la habilidad diplomática del señor Idiarte Borda, y de los demás ciudadanos que lo han ayudado á consolidar la paz y la armonía en la zona central de Sud-América.

« Sin este requisito, la prensa independiente que batiese palmas, haría un papel parecido al del cortesano de *vaudeville* que decía: « Sire, no conozco vuestra opinión, pero la comparto en absoluto. »

« Eso en cuanto á la intromisión fecunda del gobierno oriental en el litigio paraguayo-boliviano.

« En cuanto al desenlace de esa antigua cuestión, claro está que nadie deja de considerarlo, en primer lugar, un acto plausible de confraternidad americana, y en segundo término una combinación territorial beneficiosa para los países situados en la embocadura del Río de la Plata.

« Bajo el primer punto de vista, la cosa es tan sencilla que no necesita demostraciones verbosas.— Bolivia que se ahoga en su posición mediterránea y el Paraguay superabundante en tierras tropicales cuya colonización á penas podría ser la obra de muchos siglos, darían el más triste ejemplo si no pudiesen arribar á una conciliación de intereses, mediante la cual Bolivia tenga amplia salida hacia los afluentes del Plata, y el Paraguay abra la puerta á comunicaciones internacionales que deben serle considerablemente útiles.

« Bajo el segundo punto de vista, hay que distinguir. — Asegurados sus dominios en el Alto Paraguay, Bolivia podrá construir un ferrocarril que la acerque á ese río y desenvolver una corriente de comercio importante, aguas abajo, rematando en Buenos Aires ó Montevideo. — Es un bien, por consiguiente, para estos países, que la cuestión paraguayo-boliviana haya llegado á su término.

« ¿Pero es permitido imaginar que esa futura corriente de comercio sea totalmente absorbida por el puerto de Montevideo?

«Sería pueril, á nuestro juicio, suponer que podríamos conseguir de Bolivia un Tratado especial, para asegurarnos los beneficios de sus nuevas comunicaciones con el mundo. — Ni tendríamos ventajas que ofrecerle en compensación, ni aun teniéndolas, sería posible que país alguno consintiese en someter sus relaciones comerciales á un monopolio de estaciones de tránsito.

« El futuro comercio boliviano buscará esas esta-

ciones según la ley de sus propios intereses, — y no hay que engañarse: mientras Buenos Aires tenga puerto artificial, y Montevideo puerto primitivo, la preferencia no será para Montevideo: será para Buenos Aires.

«Aun á igualdad de puerto, es probable que Buenos Aires nos aventajase por sus condiciones de puerto terminal para la navegación trasatlántica y por las condiciones de superioridad que ofrecen los grandes emporios para el desenvolvimiento de las operaciones comerciales.

« Necesitamos construir nuestro puerto, aprovechando las ventajas de nuestra posición geográfica, con facilidades especiales para la navegación de los grandes buques que no pueden llegar á Buenos Aires, y sólo en ese caso podrá lisonjearnos la esperanza de que sino todo, la mayor parte del comercio de Bolivia, en la corriente del Plata, tenga en Montevideo su *entrepöt*, ya para traer acá sus productos, ya para llevar las mercaderías de retorno.

«¿ Estamos equivocados?—Quisiéramos saber por qué. — Quisiéramos saber por qué el futuro comercio boliviano está predestinado á la ciudad de Montevideo. — ¿ Será por agradecimiento á la mediación del señor Idiarte Borda ?

« Si algo nos enseña la celebración del Tratado de límites entre el Paraguay y Bolivia, es la necesidad de apresurar la construcción del puerto y de tratar de hacerlo en condiciones que material y económicamente superen á las del puerto argentino. — Así estaríamos preparados para las risueñas eventuali-

dades que deleitan como cosas hechas á nuestros inocentes diarios de palacio; — así demostraríamos un espíritu previsor que nos ha faltado hasta ahora y cuya falta estamos pagando con la visible decadencia de una gran parte de nuestro antiguo comercio de tránsito. »

Era la primera opinión reflexiva de nuestra prensa sobre asunto de tanta cuantía. Sólo los diarios afectos al Gobierno habían hecho referencias de cierta latitud, — pero en realidad, discusión, desarrollo de vistas, tendencias al estudio positivo que la cuestión estaba reclamando, nada todavía. ¿Por qué? La razón que se daba era que no se conocía la naturaleza de la mediación del Gobierno en el negociado diplomático, pero era óbice baladí, porque estaba á mucha mayor altura de ese factor del problema el problema mismo. Á nosotros, sinceramente engolfados en este pequeño trabajo, nos molestaba bastante la especie de faquirismo en que involuntariamente veníamos oficiando, — nos pesaba el silencio ambiente en torno de un tema que con tanta razón debía despertar el examen de la prensa ilustrada. Sabíamos que el Paraguay, ante cuyo Congreso debe ventilarse en definitiva el Tratado, por la propia razón de nuestra ingerencia oficiosa iba á fijar sus ojos en este pueblo para oir de su boca la confirmación ó la negación de los buenos oficios del Gobierno; y comprendíamos que la opinión adhesiva ó el silencio indiferente de nuestra prensa iban á pesar muchísimo en la opinión paraguaya.

Si nuestro pueblo, por boca de sus grandes diarios, no apoyaba lo que había hecho el Gobierno, ¿qué iba á resultar? que el prestigio del arreglo iba á quedar reducido á los buenos deseos oficiales; que allá y aquí sería un acto impopular, cuando tan altos títulos tiene para que los dos pueblos le acuerden, como sin duda le acordarán, la sanción potente y decisiva de las adhesiones plebiscitarias.

Influídos por tales ideas suspendimos por un momento la para nosotros gratísima tarea de redactar estas líneas y escribimos una carta al doctor don Carlos M.ª Ramírez, Redactor en jefe de *La Razón*, expresando rápidamente nuestras impresiones con relación al estado del asunto que aquel diario acababa de abordar. Debemos al doctor Ramírez la fineza de haber publicado editorialmente nuestras líneas en la siguiente forma:

« EL TRATADO DE LA ASUNCIÓN

« Aludiendo á las noticias sobre la negociación del Tratado de límites entre el Paraguay y Bolivia, decíamos ayer:

« Todo esto cae como una bomba en el campo de la opinión pública. — Nada se sabía de nuestra mediación en los asuntos paraguayo-bolivianos, y lo peor es que nada se sabe todavía, á no ser las felicitaciones recíprocas que han hecho palpitar el telégrafo. Está bien: — la prensa independiente publica esos mensajes de felicitación, y se limita á respetar el sentimiento que los dicta, por no conocer

absolutamente nada de los hechos que determinan esa explosión de entusiasmo.

« Otra cosa habría sucedido si se hubieran publicado telegramas del Gobierno del Paraguay ó de la Legación de Bolivia agradeciendo los buenos oficios de nuestro Gobierno en el arreglo de la cuestión de límites, como parece natural que debiesen existir, si en realidad esos buenos oficios han tenido alguna eficacia, como lo suponemos, en el acercamiento de las altas partes contratantes. Ni el Gobierno del Paraguay ni la Legación de Bolivia habrán creído del caso emplear el telégrafo para tales fines; — *pero el agradecimiento constará por notas, y entonces, pudiendo ya nuestra cancillería publicar todos los documentos que se refieran á su amable intervención en las divergencias de las dos naciones amigas, habrá llegado la oportunidad de que la prensa juzgue y aplauda la habilidad diplomática del señor Idiarte Borda, y de los demás ciudadanos que lo han ayudado á consolidar la paz y la armonía en la zona central de Sud-América.* »

« Y apenas lo habíamos dicho, ya el Gobierno estaba en aptitud de publicar las notas de agradecimiento á que aludíamos, y que van en otro lugar, siendo sensible, sin embargo, que no se publiquen otros documentos conexos con la negociación, y de cuya existencia han hablado los diarios oficiales.

«Pero lo conocido basta ya para comprender que nuestro Gobierno y nuestra diplomacia tienen participación honrosa en el arreglo definitivo de los límites paraguayo-bolivianos, y por ello debemos tributarles el más sincero aplauso.

« Si alentado nuestro Gobierno por el fruto de su mediación en este asunto, pudiera ofrecerla con éxito para propender á la extinción de la guerra civil que devasta la provincia de Río Grande del Sur y perturba nuestra frontera, — sería éste un nuevo servicio que prestaría á la paz de Sud-América y cuyas consecuencias aprovecharían de inmediato á nuestro propio país. — No insistiremos sobre esto, — apenas lo indicamos — y cedemos la palabra al galano escritor que nos favorece con sus explicaciones sobre el Tratado de la Asunción, tomando por tema el breve artículo que ayer publicó *La Razón*. — Dice el señor Bernárdez:

« Señor Director de *La Razón:*

« Mucho celebraría que su discreto artículo referente al Tratado de límites que acaba de firmarse *ad referendum* entre Bolivia y el Paraguay, fuese el paso inicial de nuestra prensa en la consideración de este asunto, que tanto tiene que ver con nuestros intereses del futuro, aparte de la importancia que reviste como acto de armonía y prenda de paz definitiva entre dos países sud-americanos, cuya vida comercial y económica va á adquirir además incalculable desenvolvimiento, si el Tratado en cuestión se sanciona, como es de desear y esperar.

« En lo fundamental, plantea *La Razón* el problema en sus verdaderos términos. Bolivia, con derecho á usar la vía que ha venido anhelando, va

á acercarse rápidamente al río Paraguay y á desenvolver una corriente comercial importante aguas abajo, rematando en Buenos Aires ó Montevideo. Son las propias palabras del artículo y es la verdad lógica de las cosas.

« Pero asalta á *La Razón* una duda: « ¿ Es permitido imaginar, pregunta, que esa futura corrriente de comercio sea totalmente absorbida por el puerto de Montevideo ? Sería pueril suponer que podríamos conseguir de Bolivia un Tratado especial para asegurarnos los beneficios de sus nuevas comunicaciones con el mundo. »

« Es verdad. Tanto á la pregunta como á la deducción que la sigue, puede contestarse asintiendo. En efecto: sería pueril pretender que Bolivia se escape de un monopolio para engrillarse en otro. Pero es permitido imaginar que la futura corriente comercial que desarrollará Bolivia hacia el Plata va á encauzar *preferentemente* en el puerto de Montevideo, — pero en el *futuro* puerto de Montevideo, en cuyo porvenir es discreto ir pensando.

« Esto, con su claro talento y su saber indiscutible, lo ha comprendido el director de *La Razón.* Es la solución que ha encontrado al teorema, y es en efecto eso lo racional. Lo malo es que nos supone á nosotros engatusados con la esperanza de algún otro beneficio milagroso que del arreglo en cuestión ha de gotearnos por obra y gracia de la intervención de nuestro Gobierno. Y digo *nos supone,* porque en uno de los « inocentes diarios de palacio » escribí yo sobre este asunto. Por mi

parte, no ha habido tales cabellos de ángel, — lo cual no es jactancia ni cosa que lo valga, — es solamente que, estando en autos de las gestiones pendientes por haber tomado relaciones de amistad con el distinguido plenipotenciario boliviano doctor Ichaso, pude estudiar el asunto y darme cuenta de su positiva importancia para nuestra República. ¿Importancia inmediata? No. Pero tampoco Bolivia empezará á enviar sus productos al Plata mañana ni pasado. Tiene que hacer una línea ferrovaria mayor de 800 kilómetros para llegar á la costa del río Paraguay; tiene que organizar un servicio de navegación especial de Puerto Pacheco á la Asunción, porque de Villa Encarnación para arriba hay en el río elevaciones de fondo que no permitirán subir á los vapores que actualmente hacen la carrera del Paraguay. Y todo esto tiene que empezar á hacerlo, naturalmente, después de aprobado el Tratado por los Congresos paraguayo y boliviano, lo cual, aunque debiera serlo, no es muy sencillo, y producirá discusiones vehementes, pues ese Tratado mismo, con diferencia de términos, ha sido rechazado ya dos veces por el Congreso paraguayo, por más que su conveniencia para las partes contratantes es tal, que en opinión del ilutrado redactor de *La Razón* «no necesita demostraciones verbosas.»

«El «triste ejemplo» de negarse á aceptar el Tratado en cuestión, tan benéfico para Bolivia que se ahoga y para el Paraguay anclado en pleno desierto, ese «triste ejemplo» se ha producido y re-

petido ya, por razones que debemos respetar, pero que consideramos felizmente caducadas, merced á las elevadas vistas con que ha vuelto á encararse este viejo y debatido problema. Sin embargo, no hay que desdeñar la fuerza negativa de los precedentes. De suerte que las influencias amigas que concurran á que en esta apelación suprema se revoquen las dos sentencias anteriores, será siempre plausible. He aquí por qué aplaudí los acertados oficios de nuestro Gobierno. ¿Que en qué consistieron? ¡pues, en eso! Pero, ¿qué hace en definitiva al asunto la forma en que nuestro país haya podido influir en su buena solución? Lo esencial son las conexiones de esa solución con nuestros intereses, — entiéndase bien, con los intereses permanentes de la República, que el Gobierno habrá concurrido á favorecer, con un criterio que no puede ser más desinteresado, puesto que los beneficios que por ahí puedan venirnos, no vendrán seguramente durante esta Administración.

« El error—si me es permitido hacerlo notar—ha consistido en creer que el Gobierno se atribuía, ó que se le atribuía, una victoria diplomática destinada á cubrirnos inmediatamente de inefables prosperidades. No. Yo me permito creer que puede desglosarse la intervención de nuestro Gobierno en el asunto, y que siempre quedará un remanente serio, digno de que se le pondere y se le estudie.

« Y ya el tema en esa altura, podrán verse con claridad las proyecciones de futuro que el arreglo paraguayo-boliviano va á brindarnos, merced á

nuestra afortunada posición geográfica, y merced, sobre todo, á las condiciones de superioridad en que podemos construir nuestro puerto, en relación con los de Buenos Aires y La Plata.

«Y he aquí que — si bien con un poco de verbosidad — llego, salvando observaciones de detalle, á concordar con *La Razón* en el verdadero medio de atraer hacia nuestras aguas al futuro comercio boliviano: ofreciéndole un puerto ventajoso.

«Esto prueba, que, por nuestra parte, no nos hemos «deleitado en el asunto como en cosa hecha»; pero sí, lo hemos considerado como un gran factor de prosperidad comercial que nos está destinado, atribuyendo de antemano á nuestro magno problema portuario la solución previsora y patriótica que hay derecho á pedir y á esperar, ya que, encarrilado como está el asunto, puede creérsele al abrigo de cualquier alcaldada científica.

«Partiendo de esta base, las deducciones favorables á nuestros intereses fluyen en un encadenamiento sencillo.

«Las obras del ferrocarril boliviano destinado á llegar á la orilla occidental del río Paraguay sobre Puerto Pacheco, en el caso de que el Tratado obtenga la sanción de los dos Congresos que debe atravesar, correrán aproximadamente en un desenvolvimiento paralelo á las obras de nuestro puerto.

«Tenemos de nuestra parte á la Naturaleza. La superioridad de nuestro puerto se impondrá de seguro; se impondrá sobre el de Buenos Aires, á cuyas dársenas no pueden entrar buques de más de

18 pies de calado; se impondrá sobre el de La Plata, donde sólo pueden operar buques de 22 á 23 pies, á condición de que entren y salgan casi á media carga, esto es, con 1,000 ó 1,500 toneladas de menos lo cual es obvio que debe encarecer los fletes en una proporción considerable. — En cambio nosotros, gracias á la profundidad natural de los canales de acceso, podremos abrir nuestro puerto á los colosos de la navegación, á los trasatlánticos de 27 y 28 pies de calado, que podrán entrar y salir con cargamento pleno y aún con abarrote.

«Está en lo cierto, pues, el ilustrado director de *La Razón* cuando señala la manera de atraer, no por Tratados imposibles ni por agradecimientos románticos, el futuro comercio boliviano. Pero también íbamos hacia tierras conocidas los que, sin mayores aspavientos, pero adjetivando la oración como era del caso, hablamos del arreglo reputándolo un acontecimiento trascendente y aplaudiendo la oportuna y eficaz intervención de nuestro Gobierno en las gestiones diplomáticas que prepararon la solución.

«Esta última parte ¿ha podido rozar algunas epidermis? ¡En hora buena! se quita del expediente, que al fin y al cabo no estamos todavía haciendo historia, ni creo que el Gobierno esté rabiando por que lo aplaudan. Tanto, que en la cartera del señor Ministro de Relaciones, me consta que hay desde el sábado un telegrama del plenipotenciario boliviano, doctor Ichaso, dando las gracias al Gobierno por sus eficaces oficios en la negociación, — precisamente el telegrama que pedía *La Razón* ayer para pronunciarse.

¿Que por qué no lo publicó el señor Ministro? ¡Vaya uno á saber! Puede que fuera porque nada nuevo decía si no era lo de la intervención, cosa que acaso creyó el doctor Estrázulas bastante confirmada por la palabra oficial y pública del diplomático oriental en la Asunción, quien sin duda debía saberlo.... O puede que no lo haya publicado por otra razón, que no considero urgente conocer, pues ya me he tomado la libertad de opinar que el aplaudir al Gobierno era, ante la magnitud de esta cuestión, un detalle que podía eliminarse. Pero fecho, reconozcamos la importancia del asunto, estudiémoslo, prestigiémoslo; no hagamos como aquel feligrés que escuchaba impasible un sermón conmovedor. — « Pero hombre, ¿es posible que usted no se conmueva? » — « No, señor; no me conmuevo porque no soy de la parroquia. »

Excúseme doctor: pero hay tanto que hablar sobre este asunto y sus derivaciones que, la verdad, no he podido *comprimirme*. Y es más: como me hallo en huelga periodística y no puedo acostumbrarme á callar, se me está saliendo un folleto, un ligero estudio del Tratado éste, y de la importancia que puede revestir para cada uno de los Estados á que directa ó indirectamente interesa. Allá irá el folleto dentro de ocho ó diez días, á agravar éste que ya va siendo atentado á su atención. Pero en la afectuosa cortesía que lo distingue confío que seré absuelto por todo.

Montevideo, Diciembre 5 de 1894.

MANUEL BERNÁRDEZ.

«P. D.—Cuando corregía la prueba de estas letras, veo que está esperando aquí sobre la mesa de *La Razón* otra prueba conteniendo las notas oficiales que comprueban y explican la intervención oriental en el arreglo boliviano-paraguayo. Está también el telegrama á que hago referencia; todo lo cual se ha entregado hoy á la prensa.

«Perfectamente. Ahora podremos conversar sin escrúpulos ni ironías.

M. B.»

Moral: Que la cuestión toma plaza en el ánimo ilustrado de los publicistas; que la prensa va á entrar sin duda á considerar serenamente el arreglo, con la buena fe incoercible que como á institución popular la distingue y prestigia, y aún la salva en sus ofuscaciones momentáneas ó en sus errores involuntarios. Bien. Bien empleado estará su trabajo; nosotros vamos á reducir los términos del nuestro, ya que la prensa toma la palabra. Esperamos cerrar estas páginas llevando al Congreso y al pueblo paraguayo la soberana sanción pública con que nuestro país va á refrendar sin duda la palabra de concordia, la acción de fraternidad americana que el Gobierno Oriental llevó con feliz auspicio á la diferencia de Bolivia y del Paraguay, — de Bolivia, cuyo infortunio debía forzosamente despertar las nobles simpatías orientales; del Paraguay, que ha sido siempre para nuestro pueblo un hermano predilecto [1].

(1) La premura del tiempo no nos ha permitido esperar el cambio de opiniones de la prensa nacional. La atención se vuelve hacia aquellos país-

VIII

Entre paréntesis

Antes de llegar á las alturas finales desde donde anhelamos enviar nuestro afectuoso pensamiento á los amigos del Trópico, es pertinente, ya que el Gobierno entregó á la opinión los documentos en que queda probada su eficaz mediación en este arreglo, dedicar siquiera breves palabras á la naturaleza de esa mediación, á su origen y á su alto alcance moral.

No es,—como lo ha afirmado un ilustrado diario,—no es del ex ministro doctor Piñeiro del Campo, ni es de ningún hombre de nuestro país la iniciativa de nuestra intervención en este importante arreglo.

ses que hasta hoy nos parecían tan distantes. Todos los días traen ahora nuestros diarios telegramas del Paraguay y noticias de las demás Repúblicas del centro. Las opiniones andan todavía inciertas porque ciertas voces de oposición al Tratado levantadas en el periodismo paraguayo han impuesto reserva á algunos diarios. Sin embargo, *La Razón*, *El Bien*, *El Siglo*, *El Heraldo*, *La Tarde*, *La Tribuna Popular*, *El Ejército Uruguayo*, *La Nación* y *La España* han consignado ya impresiones ó estudios favorables á la negociación en debate. Opiniones personales han surgido varias, debiendo citarse entre ellas la del doctor Joaquín Lemoine, distinguido hombre de letras boliviano, que publicó en *El Siglo* un bello artículo sobre el Tratado, y la del estudioso joven señor Nicolás Alfredo Botá, digna de toda atención, ya por la abundancia de antecedentes de su artículo publicado en *La Tarde*, ya por su calidad de paraguayo. El señor Botá reputa que el Tratado es un rasgo de fraternidad americana y un acto de elevada conveniencia para su país.

La iniciativa pertenece al primero y mayor interesado: al diplomático Boliviano. Él vino al Plata á buscar aliados para la justa demanda de su país; aliados morales que, como el Uruguay, por virtud de bien probadas simpatías, lo fuesen á la vez de la nación paraguaya. Él no buscaba presiones: buscaba amistades, porque traía la conciencia de que era en el campo de la paz, en la elevada esfera de la confraternidad solidaria donde había de hallarse por fin la fórmula del Tratado, que la pundonorosa susceptibilidad paraguaya no firmaría jamás sobre un tambor de guerra aunque estuviera cubierto con una bandera amiga, ni siquiera bajo la más indirecta y remota añagaza de coerción á su acrisolada y altiva soberanía. El doctor Telmo Ichaso anhelaba sinceramente ultimar el arreglo; por eso quería llevarlo del terreno de las disputas bravías al de las transacciones generosas, donde seguramente los dos pueblos iban á rivalizar en hidalguía, ya que con certeza el Paraguay no disputaba el valor material de la tierra litigiosa, sino los que entendía ser sus fueros de señorío territorial.

Y nótese de paso el carácter excepcional de la cuestión entre estos dos países. No era una querella sobre tierras cuyo dominio significase lo mismo para uno que para el otro de los litigantes; no era una cuestión como la de Misiones ó la de Patagonia, consistentes en llevar la frontera un grado más acá ó más allá, en cuyo caso es muy difícil hallar una razón mayor para ceder, una razón que el adversario no tenga. Era el presente un *differendum*

especialísimo, realmente excepcional. Victoriosa la Argentina en la cuestión Misiones, tendría el placer de extender un poco su mapa por el Norte; pero si fuese vencida por el mejor derecho de su vecino, nada ó casi nada perderían por ello su comercio, su agricultura, su admirable desarrollo. Y el problema vuelto por pasiva, tendría exactamente las mismas fases para el Brasil. Pero en el caso que examinamos hay una diferencia capital: mientras que para el Paraguay se trata de algunas leguas de desierto, para Bolivia se trata de su libertad, de su porvenir, de su suerte como pueblo. El Paraguay presenta sus derechos al territorio, y Bolivia presenta sus derechos á la vida. Desde ese momento el litigio debía estar fallado por el Paraguay primero que por nadie.

Pero era preciso que las cosas pudieran presentarse así, en esa forma real, especial, elevada, para lo cual se hacía indispensable que llegaran á reanudarse las gestiones, no como entre beligerantes, sino como entre amigos. Ciertamente, la suspicaz política paraguaya no estaba muy dispuesta á navegar en aguas tan bonancibles; y fué sin duda para lograr orientaciones en tal sentido que el diplomático de Bolivia buscó la mediación amistosa del Uruguay.

Altas razones de fraternidad inclinaron desde luego el ánimo del ilustrado Ministro de Relaciones Exteriores doctor Piñeiro del Campo. Pero llevado el asunto al seno del Gobierno, adquirió allí, ampliamente considerado, nuevos y vastos aspectos, revelándose las proyecciones de la cuestión y sus relaciones futuras con los intereses de los

demás Estados. El Presidente de la República señor Idiarte Borda comprendió en seguida la importancia del problema y resolvió apoyarlo con todo su prestigio, siendo desde entonces el más dedicado y tenaz en la prosecución del arreglo (1).

(1) Sobre este punto, *La Tarde*, diario independiente y de buen crédito noticioso, publicó la siguiente información, que en lo fundamental concuerda con la nuestra, si bien insistimos en que el doctor Ichaso traía el propósito de solicitar la mediación del Uruguay, y que él inició las insinuaciones en tal sentido, como habló á algunos miembros de la prensa, entre ellos al que esto escribe, manifestando con toda sinceridad su anhelo de que no sólo el Gobierno, sino la opinión de nuestro pueblo prestigiasen oportunamente ante nuestro amigo el Paraguay la nueva gestión de Bolivia.

He aquí la información de *La Tarde:*

«LA BASE DE UNA INTERVENCIÓN. — Muchos comentarios se han hecho en estos días respecto á la intervención de nuestro Gobierno en la negociación de límites entre el Paraguay y Bolivia, y hasta se ha llegado á dar los nombres de los hombres públicos de nuestro país á quienes se atribuye el pensamiento de aquella intervención.

«En antecedentes de lo que realmente ha ocurrido, podemos decir que se ha padecido error en la designación de aquellas personas.

«Es sabido que á la llegada del doctor Ichaso, representante de Bolivia en nuestro país, fué ese diplomático objeto de múltiples atenciones por parte del Presidente de la República, quien le manifestó repetidas veces su anhelo de que la enojosa cuestión de límites con el Paraguay quedase satisfactoriamente zanjada.

«El doctor Ichaso, poco tiempo después debía partir para el Paraguay, y comprendiendo, sin duda, las dificultades con que habría de tropezar, manifestó al despedirse del señor Idiarte Borda, que había creído ver, en los deseos por él manifestados, una insinuación de que su gobierno no tendría inconveniente en mediar amistosamente en el arreglo de que se iba á tratar.

«Esa mediación, desde luego, no podía pedirse al Brasil ni á la Argentina, por la sencilla razón de tener pendientes ambos países cuestiones á arreglar con el Paraguay.

«Era, pues, el nuestro, el único que se hallaba en condiciones de una mediación eficaz, y el Presidente de la República se decidió á ofrecerla francamente, después de consultado su gabinete, en el cual encontró el pensamiento la mejor acogida.

«Esa es la base de nuestra intervención en el asunto límites de Bolivia y Paraguay.

«En cuanto á la negociación realizada, nos consta que en poder del go-

Sin embargo, como es sabido, porque hasta aquí lo trajo el telégrafo, las negociaciones habían fracasado en la primera quincena de Noviembre; y al doctor Jaime Estrázulas, que desde su entrada al Ministerio de Relaciones había tomado con celoso interés la continuación de los oficios que encontró iniciados, cúpole la satisfacción de conseguir que se reanudasen las conferencias entre los diplomáticos contratantes y se llegase por fin al convenio en que, según se desprende del texto de las notas que van en el apéndice, hubo hidalgas concesiones por ambas partes. Don Adolfo Basáñez, Agente de Negocios del Uruguay en el Paraguay, tuvo parte sa-

bierno obran varios documentos interesantísimos, pero que una prudente y explicable reserva ha aconsejado mantener en secreto.»

Por su parte *El Bien*, diario conservador y circunspecto por su condición de órgano católico y por la seriedad de sus redactores, registró la siguiente versión, que está, según creemos, ajustada á la verdad general de los antecedentes:

LA CUESTIÓN PARAGUAYO-BOLIVIANA.—Se atribuye por una parte al Ministro de Fomento, señor Castro, la iniciativa de la intervención oficiosa de nuestro Gobierno para el arreglo de la cuestión de límites entre el Paraguay y Bolivia; y por otra parte, se la da al doctor Piñeyro del Campo, Ministro de Relaciones Exteriores en el momento de iniciarse la eficaz intervención.

Tenemos hasta cierto punto la obligación de terciar entre esas opiniones, porque fué *El Bien* el primer diario que dió noticias de las gestiones del Ministro de Bolivia, doctor Ichaso, ante nuestro Gobierno.

Dijimos entonces, y hoy repetimos, que al doctor Ichaso el Gobierno de su país le había confiado entre otras misiones la de obtener por la influencia del Gobierno Oriental la solución apacible de la cuestión pendiente desde tanto tiempo entre Bolivia y Paraguay.

El Gobierno Boliviano tenía en cuenta para preferir la ayuda del nuestro, varias razones de consideración. En primer lugar, el antecedente de un arbitramiento del Gobierno Oriental con resultado favorable á Bolivia y de probada imparcialidad, según expresión del mismo doctor Ichaso al presentar sus credenciales; y en segundo lugar, la mejor condición de nuestro

liente en el buen rumbo del asunto, conduciéndose con la más recomendable cordura, y sosteniendo desde el principio, con habilidad y discreción, el noble carácter de la mediación del Uruguay. Una sinceridad clara y honesta caracterizó la acción de nuestro país, abonando la confianza y el influjo que le otorgó el Paraguay. Tanto al diplomático de Bolivia como al Ministro del Paraguay, les manifestó nuestro Gobierno que el Uruguay aceptaba el honor de mediar en su litigio, y que sería su mayor júbilo poder influir con acierto en una solución fecunda, digna de los dos pueblos que habrían de firmarla. Pero que cumplía á su lealtad hacer presente que este país, además de las razones de interés general

país en comparación con la Argentina y Brasil, para hacer valer influencias amistosas ante el Paraguay, obligado á él por motivos de gratitud nacional que son bien conocidos.

Y aparte de estos motivos, el doctor Ichaso no dejó de indicar la probabilidad de que Montevideo pudiera ser el puerto preferido del comercio boliviano para el intercambio con Europa, en vez del de Valparaíso, que lo es actualmente.

Todo esto expresó el doctor Ichaso al señor Idiarte Borda al pedirle que ejercitara amistosamente su influencia para conseguir la solución de la cuestión que dependía casi únicamente del Paraguay. Y aun creemos que, refiriéndose más tarde al señor Basáñez, que estaba encargado de la Legación, indicó el diplomático boliviano la oportunidad favorable de tener nuestro Gobierno para sus buenos oficios un agente sin vinculaciones en el Paraguay, bienquisto personalmente de las personas del Gobierno de aquel país, y dotado para el caso de sagacidad apreciable.

.....

En cuanto al provecho que, aparte del honor de haber contribuído á la feliz terminación del litigio, puede lograr nuestro país, *La Razón* ha dicho muy bien que no podrá hacerse efectivo si no nos ponemos en condiciones de ofrecer al comercio de Bolivia ventajas cuando menos iguales á las de Buenos Aires, que con su puerto malo y todo, pero más cómodo y seguro que el nuestro, con las industrias locales y el papel moneda, atraerá toda esa corriente comercial que ilusoriamente creíamos merecer por el solo mérito de la intervención.

y de buena política americana que lo impulsaban á prestar sus oficios amistosos, tenía intereses directos, conveniencias que le eran concernientes, y que, aunque de futuro, pesaban de una manera decisiva en el ánimo del Gobierno.

Antes de ser conocida la forma de nuestra mediación, pedimos que se la dejase de lado por ahora, si era que el leve escorzo de la silueta presidencial, nueva forma de Harpócrates, había de imponer silencio á los espíritus cavilosos. Pero ya que la naturaleza de nuestra acción diplomática se ha revelado, y es correcta, y nos honra, y merece el aplauso de la sinceridad independiente, corresponde dejar aquí esta sencilla actuación, á manera de crónica, que la Historia podrá tener en vista cuando trate de apreciar la conducta de los ciudadanos que creen haber prestado un servicio á la República.

Ahora, en cuanto al hecho en sí, descartados los hombres, es un acto que reconocerá como suyo la democracia americana. Por ahí vendrá el desarme paulatino de los ruinosos ejércitos, y la guerra, ese argumento brutal que llamó Hegel «cambio sangriento de ideas», como un cactus maldito se perderá en el suelo de América, definitivamente vencida por los acuerdos de la mediación y los laudos del arbitraje. Los países que por razón geográfica y por índole no pueden ni quieren acariciar pretensiones de imponerse por la fuerza, están vitalmente interesados en acreditar precedentes de internacionalidad culta y pacífica, porque ellos formarán, á la larga, la defensa más segura de su soberanía.

El Uruguay hace bien en acentuar su política en ese sentido, porque su prosperidad no está en el campo de batalla sino en el campo de trigo, y porque también él va á pedir con justicia á un poderoso amigo la navegación del Lago Merín y del río Yaguarón, cuya clausura es un fenómeno de atavismo colonial, deprimente para la moderna política brasilera. Es preciso abrir los brazos al derecho ajeno, en la certeza de que se elabora la garantía del derecho propio. Desde Nueva York, desde aquella región portentosa que más de un país de estas alturas, con criterio enteramente aborigen, ha supuesto en acecho de los pueblos latinos, desde aquel pueblo alegre y fuerte, llega en estos días al Plata el más noble postulado en favor de la fraternidad, de la justicia recíproca, de la sinceridad internacional. Es el Presidente Cleveland que dice solemnemente al Congreso de la gran República:

«La historia de nuestro comercio con las otras naciones, y las inmejorables relaciones en que con todas ellas nos encontramos, demuestran la ventaja que resulta de seguir una política exterior siempre firme, pero siempre justa, libre de toda envidia y ambición y caracterizada por una honestidad á toda prueba.»

Quien tiene ojos, vea; quien tenga oídos, oiga.

Por decirlas quien las dice y por venir de donde vienen, esas nobles palabras deben repercutir profundamente en las cancillerías de aquellos pueblos americanos que aun creen poder fundar algún progreso estable sobre la base de la conquista, sea comercial ó política.

IX

El Puerto de Montevideo

En el plano de nuestro horizonte sensible, aunque aun en lontananza, dejamos ya señalado el interés que el Uruguay va jugando en esta amistosa é importante partida.

Es la nuestra una vasta cuestión bilateral, — un gran problema cuya solución va á encadenarse con la de otro problema mayor. Nuestra importancia comercial y marítima en el Plata va á ser la resultante de nuestro futuro puerto, cuya construcción acertada es un claro anhelo del patriotismo, — que ya querría adelantarse al tiempo y tener la visión de Montevideo en prosperidad magnífica, repleta su amplia dársena de buques en actividad, — flameando en la bahía las banderas de todas las naciones, — el aire negro por el humo de la hulla y asordado por los gritos estridentes de las bocinas, por el jadear de las hélices, por el ludimiento sordo de los grandes fardos de mercancías, por el chirriar de las enormes grúas á vapor erguidas á millares sobre los muelles y malecones, cargando trasatlánticos desmesurados, capaces de llevarse de una vez la carne de veinte rodeos, la lana de cien rebaños, el trigo de mil parvas! Y en medio de todo eso, de toda la vida del interior de América

expandiéndose hacia Europa, un pueblo atareado, circulando en la fatiga honrada del trabajo, un pueblo sufrido, alegre y fuerte, los hombres sudando, fornidos!

. . . . . .

Es tan grande el problema de nuestro Puerto, que por la sola virtud de su grandeza ha podido escaparse á la voracidad haitiana de los más audaces negociadores. Lo han cercado apetitos, lo han acorralado enredos, pero su propia magnitud específica lo ha hecho romper las redes de los más avezados pescadores. Se le ha querido vender, se le ha querido licitar; ha sufrido una avalancha de 24 proyectos. Ahora está libre de sorpresas y de impericias. El cuidado público y la buena fe oficial le han hecho la guardia, correspondiendo al Gobierno anterior, que presidió el doctor don Julio Herrera y Obes, el honor de haber proyectado y obtenido la sanción de una ley que rodeó al puerto futuro de una verdadera valla de seguridad y lo puso sobre la trocha de los estudios definitivos.

La actualidad del asunto es la siguiente: El Gobierno está autorizado para proceder al estudio del proyecto de Puerto sobre bases claras y precisas, nombrando una Comisión de Ingenieros, que deberá ser integrada con dos ó tres extranjeros de reputación notoriamente acreditada en materia de trabajos hidráulicos.

La Comisión de Ingenieros nacionales está ya formada y trabajando en la compilación de datos hidrográficos, meteorológicos y mareográficos, como

preparación á los estudios que deben llevarse á cabo para llegar al conocimiento exacto del régimen de la bahía y poder entonces planear la magna solución, abarcándolo todo, sin omisión de factores que puedan irrogar la alteración del producto. Ese trabajo ingrato y arduo es el que ocupa ahora á la Comisión de Puerto, y hará bien en no precipitarse, por más patrióticas impaciencias que la espoleen, — porque sobre ese trabajo suyo va á asentarse la grande obra definitiva, y ¡ay de Montevideo si fallasen las previsiones de la ciencia y su Puerto resultase incompleto!

Para dar en estos apuntes la última impresión respecto á esta importantísima obra nacional que hoy constituye sin duda el problema más grande de los que con nuestro porvenir pueden relacionarse, recurrimos al reportaje, ese hábil recurso de la prensa moderna para saberlo todo. No inútilmente tenemos hecho en el diarismo un noviciado de diez años. Hablamos expresamente sobre el Puerto con un distinguido miembro del Gobierno.

Sus vistas—las del Poder Ejecutivo—son de prudencia, activa, pero lanzada al firme. Siente el Gobierno la inmensa responsabilidad que pesa sobre su patriotismo y sabe que no tiene derecho de equivocarse. Así toma la cuestión. Por eso marcha, pero con solidez, sin responder á las expectativas y á las críticas impacientes, pero sin olvidar ni un día, ni dejar un momento de mano las gestiones destinadas á realizar el proyecto de Puerto sobre fundamentos de verdadera solidez científica. «No

es difícil, nos dijo nuestro elevado informante, que dentro de poco tiempo, tal vez dentro de semanas, reciba el país otra sorpresa análoga á la del Tratado de la Asunción. Pero ésta, por serle más directa, le será más grata. Ya sabe usted cómo piensa el Gobierno en tan capital asunto. No quiere tantear, sino edificar sobre terreno firme. Si el Gobierno hubiese querido, los estudios del Puerto se podrían haber empezado hace ya meses, porque propuestas no han faltado, y serias. Pero se pide más porque se necesita más. Nosotros no podemos resolver nuestro problema como han resuelto el suyo Buenos Aires y La Plata, que de cualquier modo han salido ganando, á pesar de los defectos notorios y las deficiencias insanables de sus puertos; nosotros tenemos que hacer un Puerto, desde luego, mucho más difícil que los suyos, simples puertos de excavación; y sobre todo, tenemos que hacer una obra definitiva, y más aún, tenemos que hacer una obra superior en grado saliente á sus similares del Plata, porque de lo contrario, por buena que resultase, sería un desastre, que arrastraría consigo nuestras más justas ambiciones de porvenir. Y eso es preciso que no suceda. Todo el tiempo que para evitarlo se emplee será tiempo ganado. Es preciso, absolutamente preciso que nuestro Puerto no sea sólo un Puerto bueno, sino que debe ser un Puerto superior. En igualdad de condiciones nos aplastará siempre la superioridad argentina y nuestras grandes ventajas geográficas se quedarán en el mapa. Lo repito: el Gobierno no tiene

derecho á equivocarse en esto, y se atendrá á su derecho. »

Obtuvimos de nuestro reportaje la convicción de que no se pierde tiempo ni se ahorra esfuerzo para iniciar con toda seriedad y cuanto antes las obras del Puerto, que determinarán desde luego una Égira de actividad, de esperanza y trabajo; y que una vez terminadas, una vez librado el Puerto á la navegación, con toda su amplitud, con sus canales de 30 pies de fondo, su superficie interior de 300 hectáreas, sus dársenas anchas de 300 metros, sus ramplas largas de 8,000 metros, y abrigado, higiénico, seguro, colosal y económico, dará potentísimo vuelo al Comercio y la Agricultura, ésas que llamó nuestro sabio Larrañaga « las dos ruedas sobre que gira el gran carro cargado con todas las riquezas de las naciones », y operará una trascendente modificación en las comunicaciones del mundo. Nuestro territorio será entonces como un amplísimo cauce por donde saldrán al vasto océano buscando mercados recíprocos los productos que la Naturaleza y la Industria empujarán desde las regiones interiores del Continente. En esos grandes días ya circularán por todo el territorio americano las mil arterias irradiantes de los dos grandes organismos ferroviarios que hemos indicado varias veces: la línea Interoceánica y la línea Intercontinental.

X

Porvenir!

Bien quisiéramos explicar, siquiera fuese en compendio, los grandes lineamientos de esas dos empresas del futuro que han de matar sin violencia una serie de enemigos del hombre civilizado: el Monopolio, la Barbarie, la Guerra, la Tiranía el Desierto. Pero escribiríamos dos tantos de lo que queda detrás, y tendríamos apenas vencida la primera jornada. Además, tan amplio tema rebalsaría de estas páginas y avasallaría el objeto especial del presente folleto. Si la acogida que á éste se acuerde nos estimula, trazaremos en otro el diagrama de aquellos dos grandiosos pensamientos (sobre cuya doble vía debe hacer el siglo XX su entrada triunfal en el tiempo), y con los cuales tienen relaciones obligadas todas las vías, todas las comunicaciones, fluviales, marítimas, terrestres, de interés general ó local, grandes ó pequeñas, prósperas ó atrasadas, que el espíritu de empresa ó la necesidad de las regiones ó la previsión de los Gobiernos han venido tendiendo sobre la superficie de los Estados Americanos. Y pondremos entonces en relieve la misteriosa é instintiva manera como han venido concurriendo á aquel gran fin definitivo sin saberlo, y como se acercan á él día

por día, todas las trochas abiertas en el silencio de las soledades.

El *Estudio de los Ferrocarriles Sud-Americanos* hecho por el Ingeniero don Juan José Castro, actual Ministro de Fomento de nuestro país, evidencia de un modo preciso, decisivo, la próxima factibilidad de tan portentosas empresas. Ese libro (donde la constancia, el saber y el talento se equilibran para llegar á componer una obra que sería notable en cualquier país y que es excepcional y única en el medio científico de Sud-América) estudia previamente en detalle, con elocuente claridad, el desarrollo ferroviario de cada país sud-americano, y luego toma ese conjunto desordenado é indócil de redes de hierro, las agrupa, las somete, y utilizando sus trazados, caprichosos siempre y á veces absurdos, sin olvidar á ningún Estado, sin prescindir de nadie, probando claramente las ventajas de cada uno y la gloria final de todos, presenta irrefutables, prácticas, obligadas por la conveniencia común, señalando á la civilización nuevas conquistas, al comercio inesperados emporios, á la riqueza vegetativa increíbles rendimientos, á la comunicación universal nuevos y rápidos derroteros, las dos grandes arterias del futuro: la Intercontinental, destinada á unir á las tres Américas con su abrazo de hierro, y la Interoceánica, encargada de reemplazar al Istmo de Panamá uniendo rápidamente el Pacífico al Atlántico.

Á ese objetivo grande, espléndido, civilizador, americano, le trae el Tratado de la Asunción un

directo é importantísimo contingente: abre la *selva selvaggia* al paso crepitante del convoy á vapor; quita el desmesurado obstáculo del Chaco del camino de la civilización continental. Porque esta solución del Tratado, esta navegación del río Paraguay, no es más que una solución, importante, pero temporal — un recurso indispensable, pero transitorio de vida, que viene á preparar las comunicaciones definitivas, que anunciará al Desierto el advenimiento de la locomotora. Por medio de la navegación que va á establecerse irá el Plata á la altiplanicie boliviana en siete días; por medio de la ferrovía futura, iremos de Montevideo á Rivera, de Rivera á San Borja, de San Borja á Santo Tomé, de Santo Tomé á Posadas, de Posadas á Villa Encarnación, de allí á Pirapó y de Pirapó á la Asunción, recorriendo 1384 kilómetros y vadeando en barcas porta-trenes el Uruguay y el Paraná, — todo en VEINTIOCHO HORAS.

El comercio europeo llegará al Paraguay en 25 días, en vez de los 40 que hoy emplea. Y de allí en 24 horas más, atravesando el Chaco, — ese Chaco que es el principal obstáculo existente á estos portentosos desenvolvimientos del futuro — llegaremos al clásico país de la plata, á Sucre, á La Paz, donde entraremos sin demora alguna en el gran movimiento circulatorio del sistema intercontinental.

Este mañana cercano, este porvenir magnífico, esta civilización feliz que se nos brinda á todos es lo que debe servirnos, servir á los patriotas paraguayos de elemento de juicio para determinar los más elevados

giros en el debate del Tratado de límites. Nosotros estamos interesados,—cierto! Pero es un interés americano el que nos inspira y apasiona; es un interés que no puede ser sospechado porque reviste las virtudes de una gran causa común. Este egoísmo lo exhibimos como un recio argumento de defensa. Afirmamos que el Paraguay y Bolivia, por mucho que hayan limitado las fronteras de su territorio, mucho más han extendido las fronteras de su porvenir.

Y su porvenir es el nuestro; es el de todos. Perseguirlo es la consigna de los pueblos que, cual nuevos Ulises prudentes y esforzados, en Odisea común deben buscar los rumbos de la Isla de Itaca, entrevista en los sueños proféticos.

¡Qué empresa! y también ¡qué gloria!

Amigos de América: vamos al porvenir, que está esperando. «Levantemos la mano para dar la señal de la partida.» No haya quien se obstine en cerrar los desfiladeros á la marcha fatigosa y triunfal. Paraguayos: Quitad de ahí ese desierto; dejad libre ese río!.... Apresuraos,—porque es preciso que ninguna energía se pierda y que podamos empezar á contar, como Hércules, los trabajos por los días. El autor del admirable libro que nos ha servido de guía, dice esto con enérgica ansiedad: «El hombre vive poco; los años de vigor y de mayor actividad en los que procura alcanzar la posición ambicionada para asegurar su porvenir y el de los suyos, es sumamente fugaz; apenas se presenta en el curso de la vida cuando ya se siente des-

aparecer; multiplicar la acción y los efectos de la vida activa en ese corto período del apogeo de las energías es una aspiración suprema, porque á esa condición únicamente pueden levantarse las naciones sobre el nivel común. — Aquellas que por el esfuerzo individual y colectivo han logrado acumular en un tiempo limitado mayor suma de trabajo útil en las diversas esferas de la actividad humana, ésas serán las más fuertes, las más vigorosas, las más independientes. La celeridad en las comunicaciones se presenta como un factor de necesidad primordial, de que no pueden prescindir los pueblos en formación sin exponerse á retardar indefinidamente sus períodos evolutivos, — las comunicaciones realizarán el alto cometido de romper el aislamiento actual y facilitar el intercambio entre los Estados Americanos. »

No perdamos el tiempo, pues, — no cerremos los ojos á la luz que viene á iluminar los nuevos horizontes como incitándonos á trasponerlos. Para marchar sin rezagados es preciso que cada pueblo se aligere de las cargas retardatarias, — unos de sus desalientos, otros de sus discordias, éstos de sus intransigencias, aquéllos de sus desiertos. Así la marcha será igual é incontrastable, los progresos armónicos, y el bienestar social compensará las augustas fatigas del trabajo; Dios, la esencia infinita, estará para siempre en las conciencias; el pensamiento del hombre llegará á las regiones del prodigio; la civilización, la Minerva cristiana, extenderá su égida sobre los pueblos de América, y América irá entonces á la vanguardia del mundo!

¡Amigos del Paraguay: Dejad libre ese río! Sacad ese desierto del camino!

Montevideo, 4 y 8 de 1894.

XI

Apéndice

Mucho sentimos que la discreción diplomática impuesta por la tramitación de un asunto que no está terminado todavía, pues fáltale la suprema sanción de los Congresos que han de considerarlo, nos impida atestar nuestra palabra con hermosos documentos de cancillería y cartas confidenciales, destinadas á incorporarse al legajo histórico de este importante negociado, y algunas de ellas á ser timbre de honor para quienes las han suscrito al calor de pensamientos que, como las obras de Esquilo, deben dedicarse á la sanción del tiempo.

Nosotros entregamos sencillamente á la discusión estas páginas, producto apresurado de cuatro ó cinco días de trabajo, con la profunda creencia de que serán realizadas las previsiones que contienen,—y entonces,—nunca será tarde,—veremos con alegría cómo reemplazará á las sonrisas incrédulas el apretón de manos de la sinceridad.

«Ser un homérida, aunque sea el último, es una bella cosa.» Así empezaba Goethe uno de sus

poemas, y así concluímos nosotros estas hojas fugaces, afirmando que será una bella cosa poder decir, después del triunfo, que se ha sido soldado, aunque sea el último, en esta humanitaria y grandiosa Cruzada. No ambicionaríamos mayor título de honor para nuestros hijos.

He aquí los documentos que se han publicado, y que tienen positiva significación para apreciar la importancia de la mediación oriental en el arreglo de límites paraguayo-boliviano:

Asunción, Noviembre 5 de 1894.

TELEGRAMA

El Ministro de Bolivia á S. E. el señor Jaime Estrázulas, Ministro de Relaciones Exteriores.

Montevideo.

Cumplo el grato deber de felicitar y agradecer al Gobierno Oriental por la conclusión del litigio boliviano-paraguayo, congratulándome también de la acertada dirección impresa al negociado por el representante oriental en esta República.

Deseo presentarle personalmente mis expresiones de alta estima.

T. Ichaso.

Asunción, Noviembre 24 de 1894.

Señor Encargado de Negocios de la República Oriental del Uruguay, don Adolfo Basáñez.

Me es grato comunicar á V. S. que con fecha de ayer firmé con el doctor Ichaso, Plenipotenciario de Bolivia, el Tratado de límites que fija definitivamente las líneas divisorias de las posesiones territoriales de las Repúblicas del Paraguay y Bolivia.—Tanto mayor es el placer que experimento al hacerle esta comunicación, cuanto que reconozco la importancia de los buenos oficios que V. S. ha ejercitado con altura é inteligencia, á nombre del Excmo. Gobierno de la República Oriental del Uruguay que tan dignamente representa, en la negociación diplomática confiada á los plenipotenciarios de ambos países en disidencia. Las cordiales relaciones que V. S. ha sabido cultivar con los dos negociadores, boliviano y paraguayo, y la alta consideración que á éstos han merecido los buenos oficios del Gobierno de su digna representación, no han sido extraños á la conclusión del Tratado de límites que tan felizmente ha puesto término á la enojosa cuestión territorial entre el Paraguay y Bolivia.—Pidiendo á V. S. se digne hacer presente á su Gobierno la expresión de la gratitud del Paraguay, por la noble y fraternal actitud que ha asumido en la mencionada cuestión de límites, me complazco en hacerla extensiva al digno representante diplomático de la República Oriental, á quien

tengo el honor de dirigirme con los sentimientos de la más alta distinción.

GREGORIO BENÍTEZ.

Legación de Bolivia.

Asunción, Noviembre 28 de 1894.

Señor Ministro:

Por telegramas del 9 del corriente tuve el honor de comunicar á V. E. que el representante oriental en esta República señor don Adolfo Basáñez, desenvolvía satisfactoriamente los buenos oficios de que había sido instruído para interponer á propósito de la cuestión de límites que tenían pendiente Bolivia y el Paraguay.

Me es grato confirmar aquel despacho, poniendo en conocimiento de esa cancillería que el expresado señor Basáñez, con sagacidad que le recomienda, logró reanudar las negociaciones suspendidas, por medio de una conferencia á la que concurrieron el entonces señor Presidente de la República don Marcos A. Morinigo, y los generales Egusquiza, Caballero y Escobar, además del infrascrito y del mencionado diplomático. Expuso éste en términos precisos y oportunos, la complacencia con que su Gobierno vería terminar satisfactoriamente el largo litigio que separa á dos pueblos hermanos. Res-

pondíle agradeciendo cordialmente la noble actitud asumida por su ilustrado Gobierno. Reabiertas las gestiones, se cambiaron nuevas fórmulas de advenimiento, en las cuales presenté de mi parte las disposiciones más conciliatorias en obsequio á la intervención oriental, habiéndose suscrito en consecuencia el pacto de límites del 23 del corriente, que viene á dar amistoso término á la enojosa cuestión que sostienen Bolivia y el Paraguay.

No puedo, por lo mismo, dispensarme de acreditar, por medio de esta nota, la viva gratitud con que mi Gobierno ha recibido los amigables oficios interpuestos por el de V. E.

Debo también hacer constar con tal motivo, ante V. E., la acertada dirección que el señor Encargado de Negocios de ese país ha dado á su difícil cometido.

Aprovecho tan grata oportunidad para renovar á V. E. las seguridades de mi más distinguida consideración.

T. Ichaso.

A S. E. el señor doctor don Jaime Estrázulas, Ministro de Relaciones Exteriores. — Montevideo.

Legación de la República Oriental del Uruguay en el Paraguay.

Asunción, Noviembre 27 de 1894.

Señor Ministro:

Tengo el honor de transcribir á V. E. la nota que con esta fecha me ha dirigido el Excmo. señor Ministro Plenipotenciario de Bolivia, doctor don Telmo Ichaso. — «Legación de Bolivia. — Asunción, Noviembre 27 de 1894. — Señor Encargado de Negocios: — Terminada como está la intervención amistosa que en nombre del Gobierno Oriental ha ejercido V. S. para dar solución pacífica al litigio territorial sustentado por Bolivia y el Paraguay, cumplo el grato deber de manifestar á aquel Gobierno y á su ilustrado Representante, el reconocimiento que por tan noble actitud abriga la cancillería de mi patria, acreditándole, al propio tiempo, la expresión de mis sentimientos personales. Puede V. S. estar seguro de que la sagacidad con que ha llenado su misión en el delicado asunto á que me refiero, será estimada no solamente por los que en él tomaron parte, sino por cuantos han seguido con algún interés su curso y desarrollo. En efecto, sabe V. S. que la disposición pronunciadamente conciliatoria que asumía en los últimos momentos, y que contribuyó á la celebración del pacto de límites del 23 del corriente, obedecía, con especialidad, á mi

deseo de corresponder á los fraternales propósitos de la República Oriental expuestos con amistosa franqueza y justiciera lealtad. Al tomar el camino de mi país con aquel pacto que termina la vieja cuestión Boliviano-Paraguaya, me acompañará el recuerdo de los buenos oficios interpuestos por V. S. y el concepto merecido por sus prendas personales. Con tan agradable motivo, reitero á V. S. las seguridades de mi distinguida consideración.

T. Ichaso.

A S. S. el señor Adolfo Basáñez, Encargado de Negocios de la República Oriental del Uruguay.